

REPERTORIO AMERICANO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

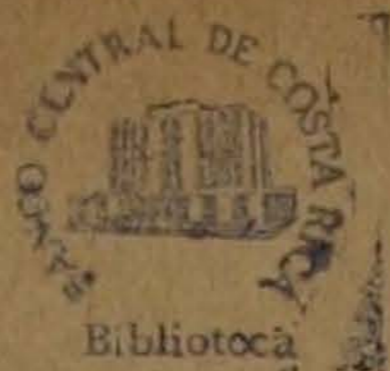
De Filosofia y Letras, Artes, Ciencias
y Educaci3n, Miscel3neas y Documentos

TOMO XII



Editor: J. GARCIA MONGE
SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

1926



INDICE

DEL TOMO XII

AUTORES Y ASUNTOS

- Alcover, Juan.—Poesías, pp. 276, 278 y 294.
Alfaro, Anastasio.—Lluvias de Oro, p. 188.
Alomar, Gabriel.—Pablo Iglesias, p. 120.—Contra el texto único, p. 164.—El vigor de la raza, p. 219.—Juan Alcover, p. 281.
Andrenio.—Pablo Iglesias, p. 127.—El mensaje a América, p. 222.—Un código de Pedro, p. 368.
Araquistain, Luis.—Edwin Elmore, p. 6.—Damasco y la civilización, p. 36.—Un santo organizador, p. 114.—De Palos a Buenos Aires, p. 220.—El nacionalismo en la América Latina, p. 227.—Tomás Meabe, p. 305.—Los caballeros del aire, p. 355.
Arévalo Martínez, Rafael.—El empleo de un año, p. 61.—El hombre verde, p. 78.
Arguedas, Alcides.—Discurso y carta, pp. 162 y 163.
Arrieta, Rafael Alberto.—Tres líricos del romanticismo inglés, p. 117.
Asturias, Miguel Angel.—Pueblos nuevos y hombres viejos, p. 18.
Avelino, Andrés.—Cantos de fuerza, p. 55.
Azorín.—De Unamuno a Ruskin, p. 24.—Las dulzuras de Panchito, p. 74.—Antonio Maura y Montaner, 249.
Barcia Trelles, Camilo.—Un veto presidencial, p. 37.
Barga Corpus.—El hombre que evitó la revolución, p. 87.—El descubridor de los saltos de temperatura, p. 246.
Beltroy, Manuel.—Aclaración, p. 6.
Bello, Luis.—Las cigüeñas de Tomás Meabe, p. 308.
Besteiro, Julián.—Ante la muerte del maestro, p. 127.
Betancort, José.—El espíritu americano, p. 269.
Bibliografía titular, pp. 224, 234, 256, 261, 304 y 320.
Blanco-Fombona, R.—Los mejores libros y los mejores autores de la América Latina, p. 16.—Epílogo al entierro de Pablo Iglesias, p. 121.—Rubén Darío (Recuerdos), pp. 184, 324 y 376. El vuelo de España, p. 212.
Bóveda, Xavier.—Saludo a Franco, p. 211.
Brenes Córdoba, Alberto.—El Diccionario de la Academia Española, Edición de 1925, pp. 228 y 243.—Carta, p. 312.
Cardona, Jorge.—El mejor de los propósitos, p. 136.
Cardona, Rafael.—El Mensajero de Oriente, Krishnamurti, p. 17.
Carner, José.—La hierba, p. 122.—Numen de un breve paraíso, p. 123.
Castro, Américo.—Asterisco, p. 9.
Castro R., M.—El cruel escepticismo de Lugones, p. 263.
Centeno Güell, F.—Han caído las hojas... p. 183.
Cisneros, Luis Fernán.—La situación interna del Perú, p. 10.
Clara Diana.—Sueño de guijarro, p. 99.—Crepuscular, p. 165.—Recordando a Delmira Agustini, p. 317.
Coll, Pedro-Emilio.—Las divinas personas, pp. 14, 22 y 39.—Respuesta al cuestionario del señor Arguedas, p. 351.
Contreras, Francisco.—José Ma. Chacón y Calvo, p. 91.—El Problema de la América Latina, p. 194.
Coolidge, Calvin.—Discurso, p. 285.
Corpeño, José Dols.—Crónica literaria (Masferrer), p. 100.
Cossio Villegas, Daniel.—La resurrección de Arévalo Martínez, p. 56.
Coto, Rubén.—Transmigración, p. 138.
Chacón y Calvo, José M.^a—Carta, p. 162.
Dantas, Julio.—El tapado de pieles, p. 190.
Darío, Rubén.—Diálogo, p. 93.
Dell, Roberto.—El bolchevismo invertido en Italia, p. 292.
Dengo, Omar.—Una escuela libre, p. 70.—De política mayor y menor, p. 83.—Sobre la nueva educación, p. 110.
Diez-Canedo, Enrique.—El Teatro del Mirlo Blanco, p. 342.
Djittel, Helia.—La Iglesia del Carmen, p. 169.
Dobles, Gonzalo.—Poesías, pp. 245 y 264.
Domínguez, María Alicia.—Rebelión, p. 230.
Donoso, Armando.—Un periodista español defiende a Yanqui-landia, p. 186.—Un rato de charla con Pío Baroja, p. 345.
Dromundo, Baltasar.—Unos apuntes a la carta de Lugones, p. 132.
Edwards Bello, Joaquín.—América vasalla, p. 225.—El bandido, p. 247.—El amor en Francia. El amor en España, p. 357.
El comandante Franco y el destino del avión, p. 271.
El Congreso Panamericano de Periodistas, p. 85.
El centenario de Sadí-Carnot, p. 246.
Elmore, Edwin.—Hay dos maneras de ser útil, p. 4.—Otra carta, p. 7.
Enaltecer a Sarmiento, etc... p. 301.
Encina, Juan de la.—Tomás Meabe, p. 307.
Encuesta sobre la novela. (Opinión de Valle-Inclán), p. 102.
Estrada, Rafael.—Cuatro canciones, p. 109.
Facio, Justo A.—Crónica retrasada, p. 231.—Carta, p. 294.
Falcón, César.—América en crisis. El volcán de Tacna y Arica, p. 114.
Fernández Guardia, Ricardo.—Carta, p. 341.
Figari, Pedro.—América autónoma, p. 84.
Flor de Luna.—Dos Poemas, p. 47.—El lirio solitario, p. 102.—El áspid, p. 106.
Franco informa al Rey, p. 216.
Franco relata a *La Prensa* de Buenos Aires sus impresiones y sus proyectos para el futuro, p. 217.
Frank, Waldo.—Carta, p. 347.
Frugoni, Emilio.—María Eugenia, p. 152.
Fugitiva.—Motivos, p. 68.
García Calderón, Frco.—Ramón Pérez de Ayala y la política española, p. 73.—Una conversación con Georges Duhamel, p. 163.
García Calderón, Ventura.—Viernes Santo criollo, p. 193.
Garnier José, Fabio.—Musas itálicas (traducciones) pp. 311 y 348.
Gaziél.—Musas y hadas, p. 328.
Gerchunoff, Alberto.—Diálogo sobre el amor y la muerte, p. 321.
Giménez Caballero, E.—Don Ramón Menéndez Pidal, p. 360. *gm.*—Esfuerzos malogrados, p. 260.
Gómez de Baquero, E.—El *surmenage* y el tedio, p. 151. *Revistas americanas*, p. 381.
Gorostiza, José.—Página lírica, p. 359.
Grillo, Max.—Un boceto de Bolívar, p. 369.—Una carta, p. 380.
Gris.—Prosas breves, p. 334.
Guillén, Flavio.—Fraternidad de veras, p. 53.—Título del trabajo y la previsión moral, p. 196.—Alma española, p. 215.
Guyau, Georges.—La última promoción del Sr. de Sales, p. 66.
Guzmán, Martín Luis.—La necesidad de crecer, p. 258.
Henríquez Ureña, Max.—José Ingenieros, p. 59.

- Herrero, Antonio.—Una salutación a Franco y a sus compañeros, p. 221.
- Hispano, Cornelio.—En la tierra de Renán, pp. 48, 86, 107 y 203.
- Homenaje de la Cámara de Diputados (Rep. Argentina) a José Ingenieros, p. 58.
- Ibarbourou, Juana de.—La deuda, p. 235.
- Ibarra, Felipe.—Observaciones a la Real Academia Española, p. 318.
- Interesa a los escritores de América, p. 294.
- Izquierdo, Francisco.—Página lírica, p. 28.
- J. L.—Una universidad en la montaña, p. 296.
- Jiménez, Guillermo.—Ladislao Estanislao Reymont, p. 137.—José Vasconcelos, p. 326.
- Jiménez Núñez, Enrique.—Carta, p. 356.
- Jiménez, Ricardo.—Veto, p. 37.
- Juicios de la crítica francesa sobre una novela americana, p. 77.
- LA EDAD DE ORO, pp. 237, 253, 280; 314, 335 y 367.
- La Liga de Escritores de América, p. 158.
- La *Venganza del Cóndor* y la prensa francesa, p. 201.
- Labarca H., Amanda.—La lámpara y el espejo, p. 147.
- Latino, Simón.—Poesías, pp. 316 y 350.
- León, Ricardo.—Dos pasajes de *Alcalá de los Zegries*, p. 245.
- López Merino, Francisco.—Página lírica, p. 13.
- Los escritores y artistas de Trujillo, en el Perú, renuevan su adhesión a Vasconcelos, p. 41.
- Los estudiantes de Guatemala se alzan contra los Chamorro, p. 8.
- Los representantes del pueblo de Costa Rica, etc., etc... p. 379.
- Lugones, Leopoldo.—Tres romances chinos, p. 76.—El tapiz de rosas, p. 95.—Cartas al señor G. M., pp. 161 y 337.—El fin de un ensueño, p. 177.—E ultrejal, p. 210.
- Lyra, Carmen.—Huellas de imágenes, p. 67.—La tristeza de Nausicaa, p. 139.
- Lles, Fernando.—Respuesta al cuestionario abierto por el Sr. Vincenzi, p. 45.—Respuesta al cuestionario abierto por el Sr. Arguedas, p. 270.
- Maeztu, Ramiro de.—El servicio social, p. 33.—Rodó y el Poder, p. 81.—Las alas de Ariel, p. 179.—Ariel y Calibán, p. 180.—Éxito y fracaso, p. 182.—Ante el peligro, p. 257.
- Maitre, Renard.—Reflexiones para los maestros, p. 110.
- Maldonado, Horacio.—Los Estados Unidos y J. Enrique Rodó, p. 181.
- Mañach, Jorge.—El milite caído: Edwin Elmore, p. 4.—*Medallas*, de Francisco Izquierdo, p. 26.
- Mariátegui, José Carlos.—Edwin Elmore, p. 4.—José Ingenieros, p. 57.—La Enseñanza y la Economía, p. 142.—Los maestros y las nuevas corrientes, p. 273.—Waldo Frank, p. 329.
- Masferrer, Alberto.—Fragmento del tomito *Ensayo sobre el Destino*, p. 108.—En el Plano Búdrico, p. 145.—Telus, p. 204.—Elogio del silencio, p. 332.
- Meabe, Tomás.—Parábolas, pp. 116 y 314.—Aguilucho y Caracol o el animal infeliz, p. 309.
- Médiz Bolio, Antonio.—El Libro de Zacqui y del Principe Nazul, p. 302.
- Méndez, Evar.—*Las Tardes*, de Frco. López Merino, p. 9.
- Milanes, Blanca.—La cisterna, p. 119.—Saña y candor, p. 232.—Las enredaderas, p. 291.—La luciérnaga, el grillo y la rosa, p. 358.
- Mendoza Bañados, H.—Carta al Sr. G. M., p. 167.
- Mercado, Julio.—Advertencias, p. 187.
- Mistral, Gabriela.—La escuela de servicio social, p. 34.—Con Romain Rolland, p. 97.—Motivos de la Pasión, p. 197.—Viernes Santo, p. 207.—Alfonso Reyes, p. 264.—Elogio de los países pequeños, p. 276.—Madrinas de lectura, p. 284.—Alfonsina Storni, p. 297.—La colecta de mañana, p. 304.—Con Ada Negri, p. 344.
- Montenegro, Ernesto.—Las Ventanas, p. 250.
- Morales, Ernesto.—Respuesta al cuestionario del Sr. Arguedas, p. 351.
- Morax, René.—Cervantes, p. 233.
- Nieto, Caballero, L. E.—El Gimnasio Obrero, p. 35.
- Oro y azul.—Junto al pozo, p. 199.
- O'Ors, Eugenio.—Azorín, p. 25.—El Santo caballero y artesano, p. 65.—Glosas (José María Chacón y Calvo), p. 89.—El orar y el saber, p. 211.—Palique, p. 313.
- Osorio, Luis Enrique.—Lo que dice Miguel de Unamuno, p. 21.
- Otras voces (A propósito de Franco), p. 223.
- Pacheco, León.—Pablo Zelaya, p. 277.
- Palacios, Alfredo L.—Esperamos a Franco, p. 211.—Carta, p. 259.
- Pallais, A. H.—Poesías, pp. 69, 175, 251 y 331.
- Panait Istrati.—La vida de P. S. contada por él mismo, p. 299.
- Padró, J. I. de Diego.—*Hyacinto el pescador*, p. 375.
- Pedroni, José.—Página lírica, p. 43.
- Pereyra, Carlos.—Un Centenario de falacias, p. 375.
- ¡Pobre país!, p. 301.
- Prezzolini, G.—Carta, p. 362.
- Protestan los estudiantes latino-americanos contra el déspota del Perú, p. 134.
- Reyes, Alfonso.—Respuesta sinóptica al cuestionario abierto por el Sr. Vincenzi, p. 46.—Prólogo a *La Tierra del Faisán y del Venado*, p. 295.
- Ríos, Fernando de.—La muerte de un fundador, p. 120.
- Rivas Cherif, C.—*Repertorio Americano*, p. 381.
- Rodríguez Beteta, Virgilio.—Algo acerca del problema centroamericano, p. 50.
- Rollánd, Romain.—El P. E. N. Club, p. 103.
- Sáenz, Carlos Luis.—Poesías, pp. 55, 138, 183, 200, 330 y 334.
- Salas Pérez, J. J.—La lavandera, p. 312.
- Salazar, Marco Tulio.—Primavera, p. 339.
- Santa Cruz, Mario.—Crítica literaria, p. 271.
- Ségura, Manuel.—Los paseos en el Guanacaste, p. 333.
- Sikelianos, Angelos.—Anadiomena, p. 320.
- Soledad.—Hoy, p. 293.—Agonía de sol. He visto..., p. 294.
- Solera, Tito Livio.—Plegaria, p. 232.
- Soriano, Rodrigo.—Las alas de Samotracia, p. 213.
- Sotela, Rogelio.—A un amigo inquieto, p. 242.
- Soto Hall, Máximo.—El Clavileño del siglo xx, p. 214.
- Storni, Alfonsina.—Página lírica, p. 298.—Tú me quieres, blanca, p. 343.
- Tablada, José Juan.—La ética del periodismo, p. 289.
- Tablero (1926).—pp. 30, 63, 96, 112, 128, 143, 208 252 y 352.
- Tamayo, Franz.—Respuesta al cuestionario abierto por el Sr. Vincenzi, p. 241.
- Tobón, Lázaro.—La república genuina, p. 20.
- Torre, Haya de la.—José Ingenieros, p. 57.—Mensaje, p. 354.
- Torrendell, J.—Comentario, p. 279.
- Torres Bodet, Jaime.—La Deshumanización del arte, p. 153.—Página lírica, p. 262.—La poesía de Juana de Ibarbourou, p. 274.
- Torres Rioseco, Arturo.—Primeros cuentos de Rubén Darío, p. 88.—Noticia de Libros, p. 166.—Respuesta al cuestionario abierto por el señor Arguedas, p. 282.
- Ugarte, Manuel.—Respuesta al Cuestionario abierto por el señor Vincenzi, p. 92.
- Umaña, Salvador.—En el 10.º aniversario de la muerte de Rubén Darío, p. 93.
- Un homenaje a don Ramón Menéndez Pidal, p. 363.
- Un observador.—El amigo campesino, p. 252.
- Ureta, Alberto.—Georges Duhamel, p. 171.
- Uribe, Eduardo.—La canción que yo canto, p. 343.
- Valle, Rafael Heliodoro.—Vasconcelos-Chocano, p. 42.—Elogio de Guatemala, p. 49.—Canción de la rosa entreabierta, p. 136.—La tumba de Cuauhtémoc, p. 317.—La poesía de Torres Bodet, p. 377.
- Varona, Enrique José.—Una carta, p. 47.—La instrucción superior, p. 165.—De allá y de acá, p. 353.
- Vasconcelos, José.—Unas palabras sobre Guatemala y una carta, p. 52.—El trágico fin de Edwin Elmore, p. 60.—El nacionalismo en la América, pp. 129 y 148.—Ingratitud y adulación, p. 226.
- Vaz Ferrera, Eugenia.—Página lírica, p. 156.—La Corona de Jesús, p. 157.
- Vega, Daniel de la.—Espera, p. 200.
- Velazquez, Edmundo.—Al margen de un artículo, p. 125.—Pastorela, p. 230.
- Vicuña P., Alejandro.—La trasfiguración de Jesucristo, p. 198.
- Vicuña Subercaseaux, Santiago.—La enseñanza rural, p. 310.
- Viera-Altamirano, N.—Los griegos sutiles van a Roma, p. 135.—La integración que falta a Hispano América, p. 339.
- Wyld Ospina, Carlos.—Respuesta al Cuestionario abierto por el señor Vincenzi, p. 123.
- Yglesias, Rubén.—El teatro indo en Nueva York, p. 283.
- Zalamea, Jorge.—Figuras de Rusia, p. 261.
- Zanetti, Antonio.—José Mazzini y la cuestión social, p. 265.—Carta, p. 341.
- Zulueta, Luis de.—El entierro de Pablo Iglesias, p. 121.—La lección del *Plus Ultra*, p. 212.—Plus Ultra!, p. 219.
- Zuzagoitia, Joaquín de.—Tomás Meabe, p. 306.

San José, Costa Rica

1926

Lunes 4 de Enero

junio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Edwin Elmore*, por José Carlos Mariátegui.—*El milite caído: Edwin Elmore*, por Jorge Mañach.—*Exhortación*, por Haya de la Torre.—*Edwin Elmore*, por Luis Araquistain.—*Aclaración*, por Manuel Beltroy.—*Otra carta de Elmore*.—*Los estudiantes de Guatemala se alzan contra los Chamorros*.—*Letras hispanoamericanas*, por Evar Méndez.—*La situación interna del Perú*, por Luis Fernán Cisneros.—*Página lírica* de Francisco López Merino.—*Las divinas personas*, por Pedro-Emilio Coll.—*Los mejores libros y los mejores autores de la América hispánica*, por R. Blanco-Fmoberna.

ERA Edwin Elmore un hombre nuevo y un hombre puro. Esto es lo que nos toca decir a los que en la generación apodada «futura»¹ vemos una generación de hombres espiritual e intelectualmente viejos y a los que nos negamos a considerar en el escritor solamente la calidad de la obra, separándola o diferenciándola de la calidad del hombre.

Elmore supo conservarse joven y nuevo al lado de sus mayores. Lo distinguían y lo alejaban cada vez más de éstos su *elan* y su sed juveniles. El espíritu de Elmore no se conformaba con antiguas y prudentes verdades. Su inteligencia se negaba a petrificarse en los mismos mediocres moldes en que se congelaban las de los pávidos doctores y letrados que estaban a su derecha. Elmore quería encontrar la verdad por su propia cuenta. Toda su vida fué una búsqueda, un peregrinaje. Interrogaba a los libros, interrogaba a la época. Desde muy lejos presintió una verdad nueva. Hacia ella Elmore se puso en marcha a tientas y sin guía. Ninguna buena estrella encaminó sus pasos. Sin embargo, extraviándose unas veces, equivocándose otras, Elmore avanzó intrépido.

Llegó así Elmore a ser un hombre y un escritor descontento de su clase y de su ambiente. El caso no es raro. En las burguesías de todas las latitudes hay siempre almas que se rebelan y mentes que protestan.

2

Se explica, perfectamente, el que Elmore no alcanzase como escritor el mismo éxito, la misma notoriedad, que otros escritores de su tiempo. Para el gusto y el interés de las gentes inclinadas a admirar únicamente

1. Se designa así en el Perú a la generación acaudillada por el Dr. José de la Riva Agüero, que recientemente ha reivindicado en España un título bilionario.



Edwin Elmore

una retórica engolada y cadenciosa, una erudición solemne y arcaica o un sentimentalismo frívolo y musical, los temas y las preocupaciones de Elmore carecían en absoluto de valor y de precio. Elmore, como escritor, resultaba desplazado y extraño. Las saetas del superficial humorismo de un público empeñado en ser ante todo elegante y escéptico, tenían un blanco en el idealismo de este universitario que predicaba el evangelio de don Quijote a un auditorio de burocráticos Pachecos y académicos Sanchos.

El conservatismo de los viejos—viejos a pesar, muchas veces, de sus mejillas rosadas

y tersas—miraba con recelo y con ironía el afán de Elmore de encontrar una ruta nueva. La inquietud de Elmore le parecía a toda esta gente una inquietud curiosamente absurda. El optimismo panglossiano y adiposo de los que perennemente se sentían en el mejor de los mundos posibles no podía comprender el vago pero categórico deseo de renovación que movía a Elmore. ¿Para qué inquietarse?—se preguntaba—¿por qué agitarse tan bizarramente?

Procedente de una escuela conservadora y pasadista, Elmore tenía la audacia de examinar con simpatía ideas nuevas. No propugnaba abiertamente el socialismo; pero lo señalaba y estudiaba ya como el ideal y la meta de nuestro tiempo. Elmore se colocaba por sí mismo fuera de la ortodoxia y del dogma de la plutocracia.

3

El conflicto de la vida de Edwin Elmore era éste. Elmore—como otros intelectuales—se obstinaba en la ilusión y en la esperanza de hallar colaboradores para una renovación en una generación y una clase natural e íntimamente hostiles a su idealismo. Se daba cuenta del egoísmo y de la superficialidad de sus mayores; pero no se decidía a

condenarlos. Pensaba que «la ley del cambio es la ley de Dios»; pero pretendía comunicar su convicción a los herederos del pasado, a los centinelas de la tradición. Le faltaba realismo.

En el fondo, su mentalidad era típicamente liberal. Una burguesía inteligente y progresista habría sabido conservarlo en su seno. Elmore temía demasiado el sectarismo. Era un liberal sincero, un liberal amplio, un liberal probo. Y, por consiguiente, comprendía el socialismo; pero no su disciplina ni su intransigencia. En este punto la ideología revolucionaria se mantuvo inasequible e ininteligible a Elmore. Y en este punto,

por ende, se situó casi siempre el tema de mis conversaciones con él. Yo me esforzaba por demostrarle que el idealismo social para ser práctico, para no agotarse en un esfuerzo romántico y anti-histórico, necesita apoyarse concretamente en una clase y en sus reivindicaciones. Y yo sentía que su espíritu, prisionero aún de un idealismo un poco abstracto, pugnaba por aceptar plenamente la verdad de su tiempo. Su último trabajo, *El Nuevo Ayacucho*,¹ publicado en el número de *Mundial* del centenario, es un acto de fe en su generación.

4

En los libros de Unamuno aprendió quijotismo. Elmore era uno de los muchos discípulos que Unamuno, como profesor de

quijotismo, tiene en nuestra América. Sus predilecciones en el pensamiento hispánico—Unamuno, Alomar, Vasconcelos—reflejan y definen su temperamento. Elmore trabajaba noblemente por un nuevo ibero-americanismo. Concibió la idea de un congreso libre de intelectuales ibero-americanos. Y, como era propio de su carácter, puso toda su actividad al servicio de esta idea. Tenía una fe exaltada en los destinos del mundo y la cultura hispánicas. Había adoptado el lema: «Por mi raza hablará el espíritu». Repudiaba todas las formas y todos los disfrases del ibero-americanismo oficial.

• Su ibero-americanismo se alimentaba de algunas ilusiones intelectuales, como tuve ocasión de remarcarlo en mis comentarios sobre la idea del congreso de escritores

del idioma; pero, gradualmente, se precisaba cada día más como un sentimiento de juventud y de vanguardia.

5

Ante su cadáver, hablemos y pensemos con alteza y dignidad. Su muerte decide su puesto en la historia y la lucha de las generaciones. Edwin Elmore, asertor de la fe de la juventud, pertenece al Perú nuevo. Solidario con Elmore en esa fe, yo saludo con respeto y con devoción su memoria. Sé que todos los hombres de mi generación y de mi ideología se descubren con la misma emoción, ante la tumba de este hombre nuevo y puro.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

(*Mundial*, Lima).

Hay dos maneras de ser útil a su país: o concurriendo con un trabajo productivo al desarrollo de la industria y el aumento de la riqueza, o constituyéndose en baluarte de la justicia, siendo un elemento sano de la sociedad. Lo que pierde a las naciones es el parasitismo, la multitud de hombres que viven a costa de los demás. Pues bien, hay una clase de hombres que viven sin producir por sí mismos, pero que mediante sus virtudes grandes y ennoblecedoras de la vida, convierten en riqueza moral y espiritual lo que en lo material obtienen los productores. Los que careciendo de aquellas virtudes y cualidades, pasan la vida usufructuando de la riqueza que los demás producen, para lo cual se valen del servilismo y de la adulación, éstos, digo, son los parásitos malignos que deben ser proscritos y extirpados. La existencia de estos hombres que medran, y que en las naciones mediocrizadas, pululan como los gusanos en la podredumbre, produce por reacción el surgimiento de los santos y de los héroes. En las épocas de decadencia florecieron los hambres más excelsos; pero en ciertas épocas y en ciertos países ni este consolador fenómeno se realiza. "El genio, exclamaba Larra, necesita eco, y no se produce eco entre las tumbas..." Evitemos, con nuestro esfuerzo cotidiano, mediante pequeños actos buenos, hechos tesoneramente, con perseverancia, con denuedo, de hora en hora, que nuestro país sea de estos países inertes, donde como las flores en los parajes maldecidos de la leyenda, no crece la virtud, no puede surgir, porque la mata en germen, la causticidad de la atmósfera.

ALONSO QUIJANO (EDWIN ELMORE)

(De *Pro Memoria*, N° 77. Mayo 1914, publicación patriótica de Teodoro Elmore).

POBRE Edwin Elmore!... Antier, un cable nos fulminaba la noticia de que el literato amigo había sido herido en el vientre por balas del poeta Santos Chocano; ayer otro cable nos abrumba enterándonos de su muerte. Y la exclamación es la profunda y sencilla de siempre: ¡Pobre amigo, pobre Edwin Elmore!

¿Por qué va esta idea de pobreza invariablemente aneja a nuestros duelos? Cuando más espontáneamente surge es cuando se trata de muertes como ésta, muertes prematuras, muertes inesperadas, muertes que tronchan sin misericordia una vida en flor. Entonces nos parece, de un modo instintivo y vago, que la existencia es verdad bien pobre don, cuando tan expuesta se halla a los caprichos de lo eventual. Y brota la alusión a la pobreza, como brota después, el «Quién nos iba a decir...»

1. Véase tal trabajo en los números 18 y 19 del TOMO IX del REPERTORIO AMERICANO.

El milite caído: Edwin Elmore

¡Quién nos iba a decir, en efecto, que aquel hombre menudo, recio, lozano, con cachetes arrebolados de doncella y bigotillo presumido, aquel que nos visitó en la Habana, dulcemente acompañado, hará apenas un año y, lleno de fervor insólito, nos comunicó, en una sobremesa de la *Minoría Sabática*, su proyecto de un Gran Congreso Intelectual Ibero-americano con sede en nuestra villa; que aquel—tan mozo, tan efusivo de vida, tan alucinado de perspectivas!—iba a morir trágicamente en brevísimo plazo!

Ha caído en la noble brega para la cual estaba tan singularmente preparado. Edwin Elmore era uno de los espíritus más puros, más disciplinados, más denodados en su idealismo de la actual juventud peruana. Hace ya bastantes años, su compatriota Belaúnde—otro peruano de fina estirpe—me

lo había encarecido mucho durante nuestro común exilio en Boston. Yo había seguido su actuación alerta y vigorosa en el *Mercurio Peruano*, una de las buenas revistas serias de América. Su pluma inagotable estaba poseída de un ansia ardiente de cohesión espiritual para nuestra magna Patria. Anhelaba una América hispánica sin fronteras, con un pensamiento único. De esta visión augusta, que Rodó había aventurado teóricamente, sin referirla a un programa de acción eficaz, Edwin Elmore derivó el gran empeño que su muerte deja trunco: la celebración de un Congreso de intelectuales ibero-americanos en el cual habrían de echarse las bases de una futura acción conjunta entre las conciencias superiores de América. Por este ideal algo utópico, luchó con una elocuencia y una perseverancia ejemplares. Visitó casi todos nuestros países; enlistó en su visitas el entusiasmo de opinadores representativos; puso su idea en Cuba, donde había de efectuarse el Con-

greso—bajo la égida de don Enrique José Varona; se peleó con Lugones y con su escepticismo nacionalista; alineó en militancia por su causa las columnas del *Mercurio* en Lima; escribió artículos larguísimo para todas las revistas del Continente, y a todos nos dirigía, cada mes, cartas tan largas como sus artículos estimulándonos a la acción. Tesón y entusiasmo como el suyo, acaso tarde mucho nuestra América en producirlos de nuevo. El linaje sajón de Edwin Elmore, revelados en su nombre y apellido, puso en su sangre, en sus nervios, una

tenacidad insólita entre nosotros los latinos. Sin embargo, sentíase más *latino* que ninguno.

¡Pobre amigo!... Acaso pueda yo decir que sus últimos escritos fueron para mí. Escribíome una carta inacabable, encareciéndome su obsesión, acatando la frase de «militante de las ideas», con la cual yo le había caracterizado en una dedicatoria, y enviándome un generoso artículo publicado en el *Mercurio Peruano* sobre mi *Crisis de la Alta Cultura...* Todo esto, aguardaba aún contestación sobre mi mesa... ¡Qué lejos estaba

yo de sospechar que mi respuesta había de ser un artículo necrológico!

Descansa en paz, pobre Elmore. En treinta años, viviste cincuenta de vida, de esfuerzo, de ideal. Hay un peligro en vivir con tanta intensidad como tú lo hiciste; pero tu nombre quedará; si no tan glorioso, por lo menos más inmaculado que el del poeta que te quitó tu vida moza. ¡Descansa en paz, Edwin Elmore!

JORGE MAÑACH

(De *Social*, Habana).

Exhortación

Londres, noviembre 25 de 1925.

Compañeros de la Federación de Estudiantes del Perú.

Lima.

Permitaseme que invoque por esta vez el derecho que me da el ser Presidente de honor de esa Federación para mí tan querida, y declarar calurosamente mi solidaridad con vosotros en la firme aleccionadora actitud que habéis adoptado ante la combinada campaña de desgraciada difamación que la reacción imperante en el Perú ha venido desarrollando contra José Vasconcelos, no importa por boca o por manos de quien.

Disiento,—en muchos aspectos de su ideología,—de mi buen amigo el maestro Vasconcelos, el más ilustre mexicano sin duda y uno de los más autorizados voceros,—con sus admiradores Ingenieros, Palacios, Varona, Mistral, Monge, etc.,—del nuevo espíritu de la intelectualidad latinoamericana. Nunca he coincidido con las ideas religiosas de Vasconcelos y con muchas de sus ideas políticas, pero, como es natural, no se puede dudar sin traicionarse—como se traicionan los que le calumnian al servicio de quienes les pagan—de la sinceridad absoluta de José Vasconcelos.

No es necesario insistir en esto. El juicio de toda la América está hecho. Los ataques de encargo que se hacen a Vasconcelos son el desesperado recurso de quienes perdidos para siempre en su propia ignominia, quieren cubrir un crimen con otro. Por eso no me ha sorprendido saber que la mano capaz de escribir tantas infamias haya estado lista a mancharse con la sangre de uno de los nuestros. No sólo los lacayos uniformados asesinan. Las tiranías reaccionarias necesitan ahogar en sangre todos los ímpetus de libertad y de justicia, ya que no pueden hacer eficaz la mentira y la calumnia. Ante la opinión de la América Latina, la juventud del Perú y Vasconcelos han vencido gallardamente a costa del sacrificio de uno de los más activos y más valiosos intelectuales de vanguardia de la generación joven. El, Edwin Elmore, cuya actitud decidida y valerosa en los memorables días de mayo de 1923 no olvidaré nunca, ha probado, desde su puesto de

intelectual de avanzada, que estaba listo a sacrificar su vida por el ideal común de justicia que anima a esta juventud y que ha de realizarse inexorablemente.

Edwin Elmore es un mártir más de nuestra causa. En la lucha desesperada de los viejos de la América Latina, viejos en la abyección, en el crimen, en la incapacidad, en la traición, contra el avance de la juventud que va a renovar, el asesinato de Elmore, como el asesinato de nuestros compañeros del 23 de mayo de 1923, como todos los asesinatos que el terror reaccionario realiza en donde impere, es un episodio que habrá de repetirse aún. Nuestro deber de jóvenes y de soldados de una causa que es santa, nos impone no olvidar nunca el ejemplo glorioso de estos héroes de la Nueva América, precursores gallardos de las batallas decisivas de más tarde.

Desde aquí, desde tan lejos me estremece pensar en la energía admirable de todos aquellos que en el Perú, como obreros intelectuales o como obreros manuales, luchan cada uno en su plano por el mismo propósito común. ¡Cuán inútil la sangre con que se pretende aterrorizarnos! Inútil para ellos, porque no hacen sino mancharse; pero fecunda para nosotros, porque nos enseña el camino verdadero a seguir. La batalla es a muerte. Así nos lo enseñan quienes tiemblan por la justicia que llega y quieren ahogarla en sangre joven. Pero creo que es Martí aquel que decía que sólo la sangre fecunda el árbol de la libertad.

Y la libertad,—la libertad limitada por la justicia,—ha de venir y ha de venir por el brazo firme y la conciencia pura de la nueva generación de trabajadores manuales e intelectuales, para el Perú y para la América.

Recordemos siempre, y es deber de la Federación de los Estudiantes propagarla hasta que todo hombre joven del Perú la conozca y la repita, aquella carta sabia de José Vasconcelos a los estudiantes de Trujillo. No olvidemos que es esa carta la que inspira la venganza de la pluma y el arma mercenarias que se han manchado en infamia y en sangre, más al servicio del amo herido que del propio despecho. No olvidemos que ese mensaje es la lección más hermosa y más justa que una juventud po-

dría esperar de un maestro. No importa que Vasconcelos no haya tenido una cátedra en la Universidad; quizá los más grandes maestros no la hayan tenido nunca. Vasconcelos ha dado y da lecciones vivas y aquella carta a la juventud peruana vale para nosotros la más alta y sabia enseñanza¹.

Y si algo he de añadir, sea mi recuerdo del paso de Vasconcelos por las Universidades yanquis, donde la juventud norteamericana, en la primavera de 1924, aplaudió y llamó maestro a Vasconcelos. Yo mismo presencié algunas de estas lecciones de Vasconcelos y descubrí cómo el espíritu de esa juventud yanqui, estupidizada por el sentido pedestre de la cultura capitalista, despertó como de un sueño y se agitó fervorosamente por los valientes discursos de Vasconcelos, muchos de los cuales fueron francamente agresivos al imperialismo norteamericano que amenaza a nuestra América y va encadenando a nuestros pueblos con la complicidad de las tiranías reaccionarias. Hago esta mención, porque la mano que mató a Elmore, escribió entre muchas grandes calumnias la mentira audaz de presentar a Vasconcelos como incapaz de sacudir y exaltar a la juventud yanqui, que la «cultura» del imperialismo, como la «kultur» de Alemania kaiseriana, esclaviza y enerva.

Una victoria más, victoria legítima, victoria a costa de mártires pero victoria de lucha, tiene la juventud estudiantil del Perú para ofrecer a la gloria de su generación. Sobre la tumba de Edwin Elmore, como sobre la tumba de cada uno de nuestros mártires, saludemos la esperanza de la Nueva América y por ende del Perú nuevo, en que la Justicia triunfe, castigue, lave y redima. Negros símbolos del pasado, representantes postreros de lo que queda de viejo y de culpable en nuestra América, son aquellos que defienden con el crimen sus puestos en riesgo. Un viejo pontífice de la literatura ha caído manchado en la sangre de su víctima; así han de caer los viejos pontífices de la política y del abuso. Si las puertas de la prisión han dado ya paso al primer culpable, la juventud y el pueblo, deben velar porque no se abran de nuevo sino para que entren muy pronto en

1. Repase el curioso lector, la carta memorable, en el número 1 del tomo 8 del REPERTORIO AMERICANO.

ellas todos los que deben pagar sus crímenes a la Justicia en el Perú.

Con mi más cordial fraternidad, soy de vosotros compañero.

HAYA DE LA TORRE

71, Highbury New Park,
London, N. S.

Edwin Elmore

CUANDO este otoño recibí un paquete de impresos que me enviaba Edwin Elmore—relacionados con la campaña hispanoamericanista a que venía entregándose con mucho fervor y eficacia,—estaba bien lejos de prever el próximo y trágico fin de tan atractiva personalidad peruana. Las circunstancias de su muerte, referidas en *El Sol* de ayer, acrecientan el dolor de tan valiosa pérdida. Ni siquiera, como se dijo en las primeras informaciones, se le ha matado en duelo, que con ser una bárbara supervivencia medioeval de los juicios de Dios, procura por lo menos descartar de sus prácticas la traición y la desigualdad de armas. Ha sucumbido a un disparo súbdito del poeta Santos Chocano, que por las trazas lleva camino de eclipsar, no diremos que la gloria artística de Benvenuto Cellini, pero sí otras facetas menos nobles del gran aventurero italiano.

El motivo del fatídico encuentro dice mucho acerca del levantado carácter de Edwin Elmore. Sería injusto enfocar la polémica entre Vasconcelos y Chocano, origen de la catástrofe, como una de esas vulgares y diarias pendencias periodísticas entre gentes de letras, de suyo tan vidriosas y susceptibles, que por defender un rigio son capaces de jugarse la vida. No atacó Vasconcelos, el gran reformador mexicano, al poeta del Perú y al de la Argentina—Lugones—como artistas, sino como hombres que se han solidarizado con formas y realidades de gobierno que, en su opinión, excluyen toda dignidad civil. En el fondo de la polémica había una cuestión de principios políticos y una cuestión de caracteres: cómo deben ser los Estados ante el hombre y cómo deben ser los hombres ante el Estado, dos temas que son como los polos—uno objetivo y subjetivo el otro—de casi toda la historia humana. Vasconcelos repudiaba la fuerza, sobre todo la fuerza usurpada y despótica. Sus catilinarias contra las tiranías americanas de su tiempo quedarán como ejemplos clásicos de civilidad. Al defenderle Edwin Elmore y ser víctima del principio que combatía con Vasconcelos, de la fuerza arbitraria e incivil, ha caído como un soldado del espíritu en esa ya larga y cada día más decisiva batalla de la libertad que es la historia americana del último siglo. Muerto en una derivación polémica del centenario de Ayacucho, Elmore representa la causa liberal de ese acontecimiento, y su matador, que cantó pomposamente esa efeméride, la causa antagónica. Cuando ese centenario, dijimos que seguía,

en América y en otras partes, la guerra civil, cuya conclusión pretendía celebrarse. La lamentable muerte de Elmore, que es mucho más que el resultado de una querrela personal, lo confirma.

Y lamentable no sólo por las simpatías que ha de promover entre todos los liberales hispanoamericanos, sino también porque con él desaparece uno de los propagandistas y organizadores más apasionados del hispanoamericanismo. Como se ha recordado, él fué el promotor de la idea de un Congreso de intelectuales hispánicos, y en torno de su proyecto se condensaron las dos corrientes de opinión en que hoy se divide el pensamiento hispanoamericano: la de los nacionalistas autoritarios y la de los panhispanistas liberales y demócratas. El Congreso no se ha celebrado aún, ni acaso se celebre en mucho tiempo, máxime ahora que ya no existe su animador; pero la simiente está echada y poco a poco germina en una serie de cuestiones que habrían de ser tema de debate en esa futura asamblea. Resumiré algunos de los acuerdos nacidos en las diversas secciones de este movimiento sobre cooperación de intelectuales hispanoamericanos.

Ha habido varias declaraciones de principio en Lima, en Montevideo y en Buenos Aires, aparte los numerosos artículos personales que en la prensa de América y de España se han dedicado a la materia. Las tendencias generales que se han esbozado hasta ahora son las siguientes: defender la forma democrática y el liberalismo en todos los países hispánicos; organizar una política internacional hispanoamericana según las doctrinas de Drago y Sáenz Peña y la revisión de la de Monroe; anteponer los valores morales e intelectuales a los puramente económicos; solidaridad política de los pueblos hispanoamericanos en todas las cuestiones de interés mundial; repudiación del panamericanismo oficial y supresión de la diplomacia secreta; arbitraje sin excepciones; oposición a toda política financiera que comprometa la soberanía nacional, y particularmente a la contratación de empréstitos que autoricen o justifiquen la intervención de Estados extranjeros; restringir la influencia de la Iglesia en la vida pública, y sobre todo en la enseñanza; extensión de la enseñanza gratuita, laica y obligatoria, y reforma de las Universidades. Un periódico de Costa Rica, REPERTORIO AMERICANO, muy leído entre los intelectuales de América y España, abrió una interesante encuesta sobre la posibilidad de unificar la enseñanza, con determinados propósitos raciales, entre los países hispanoamericanos; de unificar las constituciones; de defenderse contra las intrusiones del capitalismo extranjero, y especialmente ante los Estados Unidos. Como se ve, todo esto es algo más que las vaguedades hispanoamericanas al uso, y en ello hay base para articular una política común de libertad, paz y cultura.

Edwin Elmore era el propulsor más incansable de este movimiento.

«Estoy un poco solo en esta campaña y necesito su auxilio moral», me escribía recientemente. No estaba quizás tan solo como se creía; pero era preciso un calor y un tesón como los suyos para agrupar a los simpatizantes dispersos y separados por tan grandes distancias. Con él pierde este nuevo hispanoamericanismo su inteligencia más entusiasta y su voluntad más enérgica. También pierde España, la España sustancial, que no siempre coincide con la accidental o epidérmica, uno de sus mejores ciudadanos de América. Porque para Elmore, como para Rodó—*Sobre el españolismo de Rodó* es uno de sus estudios más notables,—la América hispánica y la España-pueblo son una misma cosa. «Pertenece a la raza española por la civilización y estamos solidarizados a ella por manera irrevocable... Los vínculos que nos unen a la madre patria nos harán seguir idénticas vicisitudes a las suyas. Importa en este punto insistir acerca de que nos referimos a las naciones y no a los Estados», dice en otro ensayo titulado *Informe sobre la significación y trascendencia de la Festa de la Raza*.

Si algún defecto tenía su españolismo era su exceso: en este trabajo—de 1917—censura el afán europeísta de algunos españoles. Creo que más tarde rectificó esta opinión; pero de todos modos esa superabundancia españolista le llevó a la ingente tarea de querer organizar un nuevo hispanoamericanismo. Una bala estúpida, lanzada por una conciencia de análoga sensibilidad, ha detenido su vida y su obra. Pero tampoco ahora, en la huesa, está solo; desde luego, no tan solo como su matador. Con Elmore estarán todos los que en América y España sueñan y trabajan por una común civilización de hombres libres.

LUIS ARAQUISTAIN

(*El Sol*, Madrid).

Aclaración

Lima, 1.º de noviembre de 1925.

Señor director de *El Comercio*.

Muy estimado señor y amigo:

En la información publicada en la edición de la mañana de hoy del diario de su dirección, sobre el atentado cometido en la persona del señor Edwin Elmore por don José Santos Chocano, se dice que «esta tragedia ha tenido una causa banal» que no es otra que «una ingrata polémica personal entre el señor Chocano y varias personas, con motivo de publicaciones que el señor Vasconcelos hiciera en México contra el señor Chocano y éste en Lima contra el señor Vasconcelos».

Creo interpretar el sentimiento de mis compañeros de adhesión a Vasconcelos al rectificar las referidas aserciones. Para quienes entienden las opiniones expuestas con el criterio aludido, sin duda que la desgracia que nos aflige «tiene una causa banal»; pero nosotros, los solidarizados con Vasconcelos no entendemos así lo ocurrido;

antes bien, juzgamos que «la causa banal» no es sino la aparente; que no se ha tratado de una «polémica personal» sino de un choque de principios. De haber visto en el debate producido una mera cuestión personal, tal vez nos habríamos abstenido de intervenir, pues harto sabemos que el temple viril de Vasconcelos le sobra para defenderse.

En este incidente hemos visto más; yendo al fondo de las cosas, hemos visto una lid ideológica, y nos hemos abanderizado, con todo interés y altura, bajo los principios que nos creímos obligados a defender por un indeclinable imperativo moral, cívico y

humano. En Vasconcelos vemos al portabandera de doctrinas tan sagradas y fundamentales como las de la libertad política y civil, la igualdad social, la fraternidad entre pueblos hermanos, un idealismo trascendente que se cierne muy por encima de mezquinos intereses económicos y materiales y que renueva el contenido de la vida, purgándolo de móviles egoístas y colmándolo con las aguas vivas del amor. Al lado de nuestro compañero, salimos así al encuentro de autocratismos, imperialismos y sensualismos, formas todas del egoísmo y encarnaciones del mal. Somos, pues, defensores de una nueva fe y no atizadores de un pleito vulgar.

Si la causa real y verdadera que motiva esta nuestra actitud, de que nos sentimos orgullosos y en que persistiremos firmemente, sin que nada ni nadie nos arredre, porque tenemos conciencia plena de la obra social que cumplimos, «no tiene ninguna importancia», tampoco la tienen ni la vida y el honor de los hombres ni la conservación y progreso de la sociedad.

Rogándole se sirva publicar estas líneas rectificatorias, me repito su atento amigo y S. S.

MANUEL BELTROY

(El Comercio, Lima).

Otra carta de Elmore¹

Miraflores, Julio 23 de 1925.

Señor A. Amaya

La Plata.

Querido Amaya:

Cumplo con avisarle recibo de su atenta de Julio 13. Le agradezco la reproducción de mi carta y trataré de cumplir su encargo para Delgado.

En cuanto a lo del ensayo que me pide Ud. que escriba para *Sagitario* sobre «Eugenio D'Ors, o bien sobre Wells o Bertrand Russell», le diré lo siguiente:

¿No puede una carta hacer las veces de un ensayo? Un ensayo es una cosa demasiado seria, y más todavía si se trata de «catedrales» como las personas que Ud. menciona. Me limito, pues, por ahora a referirle los pensamientos que su carta, y en particular la propuesta que me hace, me ha sugerido, viniendo a consolarme de la soledad espiritual en que vegeto y de la que ayer no más me quejaba amarga—y acaso destempladamente—en una respuesta a nuestro querido Carloncho.

Alejado de la realidad circundante, que tanto me duele ahora por motivos bien conocidos por Ud., leía a Chesterton cuando llegó su carta; y precisamente estaba pensando glosar algunas de las ingeniosas sátiras del gran humorista contra la moderna plutocracia inglesa, y decir cómo los nuevos ricos americanos—tal vez más servilmente los del Sur que los del Norte—no encuentran nada mejor, que imitar a esa empingorotada pseudo-aristocracia del dinero en complicidad con las intrigas de la política burguesa... Aún más, pensaba decir cómo los señoritos argentinos, los ya famosos «niños bien», mucho más numerosos que los «niños mal» (que serían Uds. los de la nueva generación) como más adinerados, llevan ventaja en esto de la «patota» y el escándalo elegante y rumboso a otros rastacueros... pero...

Entre otros, se esfumaron mis malos pensamientos de ese instante. La belleza de la tarde luminosa invitaba a un paseo por el campo, escribí las primeras palabras de

esta carta y me prometí continuarla después del esparcimiento apetecido.

Ahora me tiene Ud. casi a media noche—mientras los perros ladran desesperadamente en el silencio del pueblo como empeñados en disuadirme de mi intento—dedicado a trasladar a la fría inercia del papel algunas de las vibraciones de mi espíritu en estos días, en estas horas que pasan para mí en la más desesperante esterilidad.

Me quejo, lloro; no hay más remedio si se quiere evitar la reconcentrada amargura del mutismo. Ud. sabrá apreciar como la mejor prueba de mi amistad y estimación, que me abandone a estas confesiones. ¿Qué otra cosa nos resta hacer, en la impotencia en que vivimos, sino entregarnos a estos desahogos íntimos? Me pide Ud. un ensayo... ¿Pero cree Ud. que aun nos quedan fuerzas a los peruanos conscientes para ordenar nuestras ideas? No, amigo Amaya. Ud. no se da cuenta de que estamos viviendo una tragedia. Nunca he sentido con mayor intensidad que ahora el grito de Larra, el grito del escritor aherrojado e impotente frente a la estupidez triunfante. Vivimos en un silencio de muerte, pues no es lenguaje articulado y humano la algarabía mediante la cual medra y prospera el servilismo. Sin el menor intento de comentario serio, en pleno reinado de la inconsciencia más absoluta, en un estado espantoso de marasmo moral y de atonía enfermiza, todo lo soportamos. Como varias veces lo he dicho: estamos reducidos a la condición de eunucos civiles... Mientras, pasando de la muda tragedia a la vocinglería bufa, iniciando erogaciones patrióticas *pro plebiscito Tacna y Arica*, que no son otra cosa que empadronamiento de serviles; mientras la dignidad de nuestra conciencia ciudadana se reduce al cero absoluto, acatando toda clase de tropelías y desmanes, asistimos pacientemente a la más grotesca e inopor-

1. De tres cartas hablamos en el N.º 15 del tomo XI. En realidad son dos, con esta que hoy publicamos y que no es posible leer sin conmovernos. La otra, dirigida a José Carlos Mariátegui, con fecha 9 de mayo de 1925, ya la habíamos sacado en el N.º 17 del tomo X.

tuna de las polémicas sobre si Córdova dijo en Ayacucho «paso de vencedores» o «paso a vencedores», como en los mejores tiempos del casuismo barroco y decadente. El espectáculo no puede ser más triste y lastimoso: los mismos hombres que han hecho la más cínica abdicación de todos sus derechos se engolfan en interminables discusiones acerca de las palabras de uno de los más gallardos paladines de esos mismos derechos. Es decir, que el lado de la abyección en la práctica se hace gala de pulcritud y escrupulosidad completamente superfluas en el examen detallista de la materia muerta de la historia, mientras se prescinde de su espíritu! (Le incluyo un recorte).

Si eso no es sino una muestra de lo que aquí está pasando; si son innumerables los atropellos y los vejámenes de toda especie que venimos contemplando y padeciendo; si ya no queda rincón de nuestra conciencia de hombres libres que no haya sido befado, ni ideal nuestro que no haya sido prostituido o burlado, ¿cómo extrañarnos nosotros mismos de ese estupor, de ese sobrecogimiento que nos hace enmudecer?...

De años atrás, le envío escritos que no carecen de orden; ahora me siento incapaz de escribir nada medianamente literario. Por casualidad he encontrado hoy los borradores de esos trabajitos inéditos cuya copia he de enviarle. Tratan de asuntos pertinentes; uno es sobre el ensayo y el otro sobre nuestra anarquía intelectual. Se los envío a Ud., aunque veo que en *Sagitario* Uds. quieren realizar una labor cuya finura y elegancia está por encima de mis facultades. En ese terreno, un poco académico y ornamental, no podré seguirlos. Hay demasiada angustia en mis pensamientos para poder hacer de ellos motivos de estética literaria. Ya a Sánchez Viamonte le he manifestado la impresión de frialdad y de tiesura que me produjo *Sagitario*. Yo esperaba algo por el estilo de *La Acción* o *REPERTORIO AMERICANO*, modesto pero vibrante, apasionado, condensado, ductil... Me encuentro en cambio con algo que se parece demasiado a la *Revista de Occidente*, que, a pesar de la excelencia de su contenido, carece de la eficacia deseable como instrumento de propaganda. *Sagita-*

rio, en la forma adoptada por Uds., sólo será una revista para reducidas élites, y nosotros necesitamos extender lo más posible nuestro radio de acción y sobre todo, concentrar nuestra atención sobre determinados problemas y sobre tópicos que, aunque variados al infinito, participen de una fundamental congruencia en cuanto a nuestras finalidades y nuestras orientaciones, o a la labor de determinarlas, si éstas no están aún—como es evidente—discriminadas. Como medio de vinculación, habría que insertar en la revista un directorio de todos los simpatizantes con el movimiento y no emitir algunos datos de interés sobre las personas de los adherentes. Así nos ignoraremos menos.

Sobre el tema «intelectualidad sin rumbos» del artículo que le envío, veré si próximamente ordeno algunos apuntes que tengo hechos en relación con mi proyecto. He leído cosas muy interesantes sobre mi monomanía de la cooperación de intelectuales, y me gustaría poder ofrecerle un comentario aceptable de esas lecturas, en las que, por supuesto, figuran, no solamente el llamado super periodista Wells, el formidable Bertrand Russell, el sutil Eugenio D'Ors, sino Chesterton, Belloc, Havelock Ellis, Shaw, Haldane y otros ingleses constructivos de primera magnitud, cuyas ideas he confrontado con las de algunos campeones de la nueva causa en los Estados Unidos y con las de los hispanoamericanos capaces de sentirla. Pero el mismo amor que le tengo al tema me impide lanzarme a desarrollarlo sin la preparación que juzgo necesaria. El concepto sobre lo que es y debe ser un ensayo, que expongo en el otro artículo que le envío, le explicarán a Ud. mis escrúpulos de ahora.

Le envío algunos recortes viejos y nuevos, tomados al azar. Los que firma el Doctor Cicuta, por el título adoptado, *Desde mi agujero*, por el pseudónimo, por el desgano, la timidez y el malhumor con que están escritos, le permitirán apreciar el estado de ánimo en que nos encontramos quienes aún nos esforzamos por pensar en medio de este desbarajuste. Nuestra única esperanza,—al menos mi única esperanza—es la labor defensiva, organizadora, creadora de los pequeños grupos de sobrevivientes y catecúmenos del nuevo credo que aquí y allá van produciéndose. Pero veo con pena que aún tardamos en comprender lo que valen y significan las labores de inter-comunicación y que descuidamos las obligaciones de una solidaridad verdadera...En fin, sobre esto le hablaré otro día.

Le estimaría leyese dos artículos de los que le he enviado a Carloncho: *Peligro de un alejamiento entre la República Argentina y los demás países hispanoamericanos*, tema al que le dan nueva actualidad los nacionalistas regionales tipo Lugones, más generalizado y endémico de lo que ustedes mismos imaginan; y *Argentinidad*, artículo en el que demuestro una vez más mi ya vieja simpatía por su país, no como nido meridional-atlántico de la nueva raza de

fenicios que intenta adueñarse del planeta sometiéndolo a sus poderes arbitrarios, sino como célula germinal de esa ideal *Patria de la Justicia*¹ magistralmente evocada por Henríquez Ureña aquella noche de La Plata en que contrajimos compromisos que no debemos olvidar.

Mientras llega la hora que vuelva a reunirnos, ya en marcha hacia la vislumbrada meta, por Dios! que no se debiliten nuestros vínculos, única cosa que puede salvarnos. Yo aquí me siento solo y desterrado, sin poder sacar de su apatía suicida a mis amigos. Parece imposible formar el grupo peruano capaz de cooperar con la intensidad necesaria, con la rudimentaria organización iniciada por ustedes en Buenos Aires. Seguimos siendo los peruanos, como en 1820, los *veteranos de la anarquía*. Por eso me dolía tanto que ustedes también olvidasen. Huérfano de compañerismo intelectual, alejado de las camarillas de vividores de las letras a quienes fustigo en uno de los artículos que le envío, me sentía completamente aislado si Uds. también me abandonaban. Pero veo, que Palacios, Ud., Sánchez Viamonte y Sanín Cano, de quienes he recibido cartas, aun me recuerdan. De Jiménez de Asúa y del Dr. Rossi también he recibido muestras de estimación que le ruego les agradezca, si tiene Ud. oportunidad de verlos. En cambio de otros—negligentes, desdeñosos, escépticos o egoístas—nada he sabido. ¿Es que todavía existen torres de marfil? Si descuidamos tanto nuestras relaciones personales, ¿cómo hacerse ilusiones en cuanto a una labor constructiva más seria? Ud., González y Sánchez Viamonte, son los llamados a conjurar la dispersión de nuestras exiguas fuerzas. En Buenos Aires (como digo en mi carta a León y Buenó², cuya copia he enviado a Carloncho y le ruego que lea) existen magníficos elementos de todos nuestros pueblos, con los cuales se puede formar una recia amalgama. Antes les he hablado sobre la necesidad de reunirnos, dándoles cabida de hecho en sus organizaciones....

Oh! cuánto quisiera decirle, amigo Ama-ya! pero, guardará Ud. siquiera esta carta?

Le abraza efectuosamente su compañero

EDWIN ELMORE

Av. Cantuarias 180,
Miraflores, Lima

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos, ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

1. Reléase la admirable evocación de Henríquez Ureña en el N.º 23 del tomo X del REPERTORIO AMERICANO.

2. Publicada en el N.º 15 del tomo pasado del REPERTORIO AMERICANO.

Los estudiantes de Guatemala

se alzan contra los Chamorros

Los alumnos de la Facultad de Derecho y Notariado han dirigido al señor Presidente de la República, General José María Orellana, un memorial en el que piden no se le conceda personalidad al señor Gutiérrez Navas, delegado de los elementos chamorristas de la República de Nicaragua.

Por creerlo de interés, damos a continuación el texto del memorial que nos ocupa:

Telegrama

Guatemala, Nov. 25 de 1925.

A Presidente de la República

Casa del Gobierno.

Una nueva felonía consumada en Nicaragua, viene a completar la página de ignominia que en aquella República hermana han escrito los Chamorros y Adolfo Díaz y amenaza alcanzar a toda Centroamérica.

Y ahora la traición busca la complicidad en el reconocimiento protector de los demás Gobiernos Centroamericanos, del golpe militar que ha llevado de nuevo al Poder a los hombres funestos de aquel país.

La cancillería usurpadora envía hasta nosotros a un encubridor incondicional del crimen político referido; el mismo emisario que sin duda continuará hacia Washington a implorar de hinojos el reconocimiento de un orden de cosas ilegal y oprobioso y a ofrecer tal vez los últimos restos del honor del pueblo nicaragüense.

Centroamérica se deshonorra por culpa de los Chamorros.

Centroamérica, vendida por los Chamorros, escarnecida por los Chamorros, está a punto de renunciar de su vergüenza, ofrecida por los Chamorros.

Y Guatemala, El Salvador, Honduras y Costa Rica, así como acudieron el año cincuentiséis a defender la soberanía centroamericana, deben aprestarse ahora a defender el decoro centroamericano.

Vos, Señor, estáis en posibilidad de dar lustre a Centroamérica y a vuestro gobierno, despreciando la misión de ignominia y de falsía de que es portavoz el Dr. Daniel Gutiérrez Navas, despersonalizado servidor de Emiliano Chamorro.

Reunidos en sesión solemne, los estudiantes universitarios os lo pedimos así. Con la juventud, os lo pide también el honor nacional.

(ff). Eduardo Cáceres Lehnhoff, Daniel Fuentes Reyna, Luis Arturo González. Por la Juventud Estudiantil.

(Del Diario de Guatemala, Guatemala).

Suscribase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Letras hispanoamericanas

FRANCISCO LÓPEZ MERINO: *Las tardes*.
EDITORIAL LATINA. BUENOS AIRES. 1925.

Tardes de primavera vuelven a mi memoria y recuerdo mi infancia que fué una larga tarde detenida en un vasto jardín enarenado, con cielos de acuarela y álamos musicales.

Este poema de única estrofa es prototípico del nuevo libro de Francisco López Merino, y aún pudiera ser su síntesis: revela con exactitud su forma y su espíritu, y aún la materia poética de *Las tardes*, donde, por el vehículo casi imperante de un flexible alejandrino asonantado, se difunde una poesía nostálgica — compuesta de recuerdos de infancia y adolescencia, de impresiones juveniles, amor y ternura melancólica — en que domina la atmósfera de un paisaje quieto y solitario, casi invariable, que no puede sugerir sino esas emociones del «tono menor» que ya calificó el primer libro del poeta.

El paisaje y el ambiente de la ciudad donde ha vivido el autor caracteriza la obra de no pocos poetas platenses: Arrieta, Delheye, Ripa, la suya propia. Parece prestarse tal paisaje a acentuar la similitud de su labor con la de algunos líricos ingleses, la de ciertos franceses menores del simbolismo, y sobre todo con la del poeta belga Rodenbach. Y hasta se piensa si no existiría una identidad de vida (ya que desechamos por respeto a tales poetas la idea de una humillante imitación), que engendre un parecido concepto de las cosas, entre las añejas ciudades de los canales, los carrillones, las blancas comulgantes, que se evocan en *Le miroir du ciel natal*, y la amodorrada y silenciosa ciudad universitaria, que, sin duda alguna, prestigia la frecuencia de una intensa vida interior. Lo cierto es que en el espíritu de sus poetas más significativos encajan a maravilla la forma blanda, el tono, la modalidad, los temas y hasta las expresiones predilectas del lírico flamenco de *Bruges la morte*, que todavía tiene entre nosotros admiradores fervientes. He aquí un fragmento de *Pureza dominical*, de nuestro poeta, que nos confirma:

El ángel invisible de las campanas, vuelca óleo de su pureza sobre la luz tranquila: canciones virginales vagan por el ambiente y nos sentimos buenos con la gloria del día.

Primeras comulgantes de pensamientos blancos y de diáfanos nombres como Stella o María, pasan con finas varas de nardos en las manos, tal como en las estampas doradas y benditas.

Fina, delicada y exquisita poesía la de López Merino. Nunca un acento disonante; ni angustia, ni sollozo, ni grito. Amor de la pulcritud y el orden perfecto. Aristocracia mental y pureza en el sentir. ¿Pudiera pedir



Francisco López Merino

Por SARAVÍ.

más un lector de poetas, mejor, una lectora?

Pero no escribimos por lo general para el lector: escribimos instintivamente para fijar nuestra sensación del mundo. El de López Merino es un mundo irreal, de ensueño, de «atmósfera soñada», como él dice. Y, si las predilecciones de forma que exhibe ya fueron superadas y no nos interpreta por lo común con un sentido diferente la realidad inmediata, no por eso vamos a exigir a este rosal que torne la fugaz belleza de su flor de preciso destino en una materia consistente y succulenta, y aceptaremos con gusto la generosa dádiva, mejor por espontánea y porque se entrega única y toda.

En *Las tardes* madura el poeta intimista que se anunció en *Tomo Menor*, y se sitúa con claridad en la línea lírica y la tendencia de los Banchs, Arrieta, Obligado, si bien saturado de poesía francesa de hace

casi seis lustros. Y ofrece dignas realizaciones, definitivas y muy propias, en los poemas *Presencias*, *Mis primas los domingos*, *Estancias de primavera*, *Las nubes*, *El otoño y los niños*, *Canción de los domingos de infancia*, *Patio de la niñez*, donde uno suele enfrentarse con nobles versos como

Suntuosidad sonora de tu nombre en la tarde

y tantos otros imbuidos de esa imprecisión cara al simbolismo de antaño.

Vamos ahora hacia una distinta expresión de la poesía, buscando la más pura poesía, y persiguiendo una forma tan libre de amaneramientos como sea posible alcanzar para verterla; pura poesía que ahincadamente buscan rendir muchos de nuestros más nuevos escritores.

La búsqueda impone en algunos la repulsión de todo aparato ortopédico aplicado al lirismo; la renuncia a elementos preciosos como el número silábico y la rima. Y en su ansia de ahondar en la verdad subjetiva y su expresión, persiguen, para penetrar aquella y enriquecer a ésta, el graficismo insustituible de la metáfora: fósforo-yodo-arsénico del estilo. Es la obra en que se empeñan Gironde, Borges, González Lanuza.

Sin exigir tanto al autor de *Las Tardes*, que se mueve con suficiente comodidad en la forma tradicional, creemos que López Merino es de aquellos poetas que, siéndolo por naturaleza, fácilmente podrían alcanzar un nivel más acorde con la evolución lírica de su época, que tiene fundamento en la manera de ser y de sentir contemporánea. No tendría necesidad de renunciar a sus dones naturales (fácil ritmo, ingénita musicalidad) ni a la experiencia técnica adquirida, siempre susceptible de perfeccionamiento. Le bastaría, siendo tan joven y hallándose en plena formación artística,

con asimilar las mejores conquistas ideológicas y formales (¿no lo hacen poetas tan bien dotados y respetuosos de las normas tradicionales, como Bernárdez, Marechal, Rega Molina?) para infundir vigor y un acento nuevo a su poesía.

EVAR MÉNDEZ

(De *Valoraciones*. La Plata. Rep. Argentina.)

Asterisco

La gramática verdadera es ciencia muy difícil y muy grave, y no tolera la frivolidad y la insipiente; está además muy por encima de los chiquilines que frecuentan nuestras escuelas. Otras noticias más urgentes necesitan esas cabecitas.

AMÉRICO CASTRO

Señor Director de *La Nación*:

El artículo de mi admirado compañero don Leopoldo Lugones, publicado en *La Nación* del 10 de marzo¹, toma mi espíritu en un estado de desasosiego que explica bien el arranque con que salgo a la contradicción. Cuando todos los peruanos estamos anonadados con la grave injusticia que entraña el laudo de Washington en la cuestión de Tacna y Arica, más grave que la que hacía presumir el Protocolo previo, y cuando los peruanos desterrados nos esforzamos por mantener a raya dolores y reproches, el señor Lugones viene a decirnos otra vez, con su resonante autoridad de poeta y periodista, que este gobierno peruano del Sr. Leguía, que ha ido a pasos contados a aquella solución inmerecida, es—palabra más o menos—una dictadura organizadora y honrada. Perdónese me que no me calle ahora. No es posible aceptar con el silencio una afirmación que, por venir de quien viene, pudiera parecer una verdad. Cuando los que defienden la dictadura Leguía son los funcionarios a sueldo que cumplen la consigna por instinto de conservación no se me altera nada en la epidermis, igual que cuando los que hablan no conocen del Sr. Leguía sino las noticias cablegráficas pasadas por el tamiz de la censura. Pero el caso de ahora es distinto. Una equivocación del Sr. Lugones, por mucho que derive de su empeño mental de encontrar argumentos para sus construcciones sociológicas de ahora, puede hacer daño.

La dictadura del Sr. Leguía es detestable, no sólo por ser dictadura, sino porque no es organizadora, ni honrada, ni virtuosa, en sentido alguno político. El Sr. Leguía, que el Sr. Lugones ha conocido en veinte días de permanencia en Lima, en medio a la algazara social y popular, no es el señor Leguía gobernante. Estoy de acuerdo con quienes afirman que tiene talento, y agrego por mí mismo que ostenta los grandes dones plásticos de la serenidad y la apostura sonriente. Pero estos dones plásticos derivan de su inconsciencia. Es un anesthesiado del sentido moral a quien el talento sólo sirve

La situación interna del Perú

(De *La Nación*, Buenos Aires, 20 de abril de 1925).

para inventar todos los días maniobras serenas que distraigan a la opinión, igual que los delincuentes talentosos, que también los hay, viven buscando la manera de burlar serenamente a la Justicia. Todos los extranjeros que se acercan al Sr. Leguía por poco tiempo sufren la sugestión de su sonrisa, su afectuosidad, su elocuencia, y, sobre todo, su serenidad, máxime si llevaron el prejuicio de encontrar en él un tirano sombrío, agazapado y medroso. Esto les ha ocurrido, principalmente, en los Centenarios, a todos los extranjeros que fueron huéspedes oficiales del dictador, es decir, a aquellos que, por andar en comitivas y regodeos, no tuvieron tiempo de penetrar otras esferas.

El arte de prometer

Pero el Sr. Leguía, gobernante, tiene una biografía que pueden relatar hasta los niños en el Perú, siempre que la policía secreta no esté cerca. No se crea que exagero. El artículo del Sr. Lugones, conmoviéndome, provoca en mí vivísima reacción patriótica, pero estoy dispuesto a decir la verdad casi sin adjetivos. El Sr. Leguía es un audaz de teatro, que ha hecho su carrera política a fuerza de mentir y prometer no importa cuándo ni importa a quién; lo único que importa es que la mentira y la promesa sirvan su conveniencia personal. Si Ud., señor director, quiere leer artículos míos en que he tratado de reflejar, año por año, desde *La Prensa* de Lima, la vida política de mi país, los pongo a su disposición, en cinco libros de recortes. Allí encontrará Ud. el proceso biográfico de la mentira teatral que personifica el dictador de ahora. Se inició hace veinte años, desde el Ministerio de Hacienda, engañando donosamente, desahogadamente, al país y al Congreso, con un proyecto fantástico de ferrocarril a la montaña que él juró desde su escaño ministerial que era una cosa de abrir y cerrar los ojos; culminó su éxito artístico, realmente artístico, créame Ud., haciéndose imponer Presidente de

la República para engañar a su partido y tirar a dividirlo y disolverlo: y luego engañó a su propio candidato de sucesión, permitiendo que fueran estorbadas las elecciones populares a fin de constituirse en árbitro, o, mejor dicho, en rematista, de una designación por el Congreso. Pero este su prurito de engañar no es inocente. Es un estilo. Lea Ud. el primer mensaje del Presidente Billingham respecto de cómo recibió las finanzas de manos del Presidente Leguía y verá Ud. cómo se eslabona ese desbarajuste con el empeño que mostró él después, ya desterrado, de ocupar un sitio entre los más atrevidos jugadores en la Bolsa de Londres. Porque allí tiene Ud. otra de las características espirituales del señor Leguía: la profesión del azar. La casualidad es su providencia. Cree en Dios por si acaso, pero le gusta jugarse a cara o cruz hasta los destinos nacionales, siempre que reluzca la perspectiva sobre el paño.

La promesa grande

Fuertemente interesado en los empréstitos leoninos al zar de Rusia, durante la guerra europea, la revolución bolshevique dió al traste con su buena suerte, y entonces, al cabo de siete años de ausencia, volvió a pensar en la Presidencia del Perú, como quien piensa en la ventana oscura que dejó abierta. La ocasión era propicia. La violenta oposición que se hacía entonces al gobierno caduco de don José Pardo no tenía candidato presidencial y lo buscaba. El señor Leguía era temerario y sereno. Su serenidad sonriente para enfrentarse, con premio ofrecido, a todas las amenazas del mundo, se impondría teatralmente a las falanges electorales. Y no hubo más que hacer. Es tan teatral la política y era tan grande, como sigue siendo, la crisis de hombres públicos en mi país, que el señor Leguía fué tomado como una novedad, que él se encargó de transformar en verdadera novedad artística, y, prometiendo a destajo, triunfó ruidosamente en la elección. Pero,

impaciente y codicioso, no pudo contenerse: comprometió al Ejército y derribó al Gobierno por escotillón, para erigir cuanto antes su dictadura que todo lo prometía. ¿Quiere usted saber hasta qué extremos pueriles llevaba el señor Leguía la mentira teatral? Hasta el punto de prometer que «abarataría, en seis meses, plazo fijo, las subsistencias». Ni más ni menos que un prestidigitador de plazuela. Pero jugando así con la mentira en toda la gama de la vida pública, prometía también, en los discursos, en los mensajes y desde los balcones de Palacio, que su gobierno significaba esto: la reincorporación al Perú de Tacna, Arica y Tarapacá. La reivindicación completa de la guerra del Pacífico. La nulidad del Tratado de Ancón. Y esta promesa suya fué adquiriendo más y más arrogancia cada vez que la dictadura veíase en peligro. Si del fárrago de promesas pudiéramos destacar una, más característica que las otras, sería ésta, por grave, la que mejor retrataría la inconsciencia del dictador. Y digo inconsciencia, no porque la promesa entrañara un imposible o una injusticia, sino porque, a pesar de su trascendencia, el señor Leguía no tenía, como no tiene nunca, plan alguno; prometía por defenderse, confiado, como en los bonos rusos, nada más que en la magia del azar: cruz o cara.

Los que juzgan que todos los medios son lícitos para defenderse en el Gobierno, dirán que el señor Leguía procedió aquí con talento, con su talento indiscutible, ya que la cuestión con Chile tuvo siempre en el alma peruana la virtud de acallar todas las otras. Si bien el mandatario que ofrecía era el falso y sonriente prometedor sabido de memoria, el concepto de honor internacional fué adormeciendo en el pueblo las reacciones ciudadanas y llevándolo a un estado de atontamiento y esperanza latente. Es así la teatralidad del señor Leguía: logra engañar a los ingenuos y perturbar a los que no lo son. Las gentes del Perú sabían todo lo que el señor Leguía podía mentir, pero concebían que el de Tacna y Arica era terreno vedado a la mentira, y, sobre todo, a una mentira oficial, firmada, refrendada y jurada a la sombra de la

1. Del año 1925,

bandera. Porque no hay que olvidar que la Asamblea constituyente del señor Leguía, con grandes voces, llegó a declarar nulo el Tratado de Ancón y al Perú en aptitud jurídica de recuperar Tarapacá.

Un caso psicológico

Pues bien: no vaya el Sr. Lugones a buscar los antecedentes peruanos del fallo de Washington en un estudio profundo de sociología. El caso es de simple psicología individual. El Sr. Leguía prometía aquello, como lo otro y lo de más allá, nada más que por defenderse, seguro de que se la pasaría prometiendo durante todos los períodos gubernativos que se le antojasen. Lo interesante era mantenerse en el Poder y gobernar la hacienda sin miradas perturbadoras. Para ello provocó a sus adversarios y vió enemigos en todos los hombres independientes, yo entre ellos. Incendió imprentas, se apropió de las que quiso, amordazó a las otras con amenaza igual, hizo del secuestro y la deportación instituciones de seguridad pública, desconoció y atropelló al Poder Judicial, clausuró la Universidad, corrompió al Ejército premiando en él delaciones y traiciones, pagó en honores y dinero a los perdonavidas y llamó a colaborar en su dictadura a hombres insignificantes que vieron llegada la hora de la feria. Pero para todo eso, que supone relajación y apetito en masa, no bastaban las rentas fiscales; era necesario pedir prestado con la promesa de las obras públicas. ¿Pero pedir a quien? Al único país grande que presta fácilmente en América a los pequeños: a los Estados Unidos. ¿Pero cómo pedirle todo cuanto se codiciaba? Adulándolo. Y entonces empezó a ser reformado el país con extrañas actitudes: prescindencia por el Perú de la Liga de Naciones, siguiendo la política estadounidense; contrato de una misión naval estadounidense que reorganizara la Marina; contrato de una misión estadounidense de maestros que reorganizara la Instrucción; contrato con un alto funcionario estadounidense que organizara el Presupuesto Nacional, y contrato con una entidad comercial estadounidense que viniera al Perú a realizar todas las obras públicas que fueran necesarias. Sueldos, gratifica-

ciones y tantos por ciento fabulosos. Basta decir que la entidad aludida no pone capital: realiza las obras a todo costo, sin más presupuesto que el que ella misma formula, y cobra el 10 por ciento de todo lo gastado. Pero he aquí la entraña: paralelamente con todo eso, el Sr. Leguía pedía prestados, a los Estados Unidos, cincuenta millones de dólares con entrega de las Aduanas como garantía.

Pedir y dilapidar

Ya estamos dentro del proceso psicológico. Los Estados Unidos envían a Lima una Comisión del Guarantee Trust, que dictamina en contra del empréstito en vista de la grave situación interna. Pero conceden algo. Luego conceden algo más. Por último, prometen para más tarde los cincuenta millones. El Sr. Leguía gasta, gasta, gasta. Cada una de las obras que realiza, cinco o seis en total, supone el enriquecimiento de muchos de los que intervienen en ellas. La Avenida Leguía, de cinco kilómetros escasos, ha hecho propietarios a un gran número de diputados y senadores. Las obras de irrigación del Imperial, únicas emprendidas en ese orden, se han realizado para avalorar tierras de propiedad del dictador. La Avenida del Callao a Lima, sobre diez kilómetros, ha hecho capitalistas a otros muchos amigos. Y el brazo de camino a Ayacucho, tendido para que pasara la comitiva del Centenario, cuesta diez veces más de lo que habría costado seriamente construido. Dinero, dinero y dinero, con cualquier pretexto. Se prometen ferrocarriles imaginarios, y aun se contratan a sabiendas de que los contratantes no existen o son irresponsables. La cuestión es que el pueblo crea que se trabaja y no se alarme de que en los tres primeros años de dictadura se haya cargado sobre sus espaldas cincuenta millones de soles más de deuda nacional. Pero como todo esto no puede hacerse sin que el país, por amodorrado que se le suponga, se sobresalte a ratos y los grupos vigilantes se violenten, la conspiración está siempre a las puertas. No importa: el Sr. Leguía manda deportar a quienes le estorban, corrompe más al Ejército y vuelve a salir sereno y sonriente al balcón

para jurar sobre la cruz de los dedos que Tacna, Arica y Tarapacá serán peruanas. Nadie se atreve a preguntarle cómo, pero los serviles se encargan, mientras maniobran, de poner los ojos en el cielo y afirmar con acento misterioso que el dictador es un genio. La teatralería se contagia. El primo hermano del dictador, nombrado primer ministro, dice, al aceptar la cartera, que tratará de aumentar «más, si cabe, la gloria del señor Leguía». Y queda organizada una verdadera empresa de espectáculos en que ascienden a primeros actores los racionistas, y en que casi todos, contagiados, ponen las dos manos febriles en la taquilla. A ratos no sabe uno si indignarse o reírse. ¿El Sr. Lugones ha conocido, por ejemplo, al Sr. Rada y Gamio, primer naípe y sórdida baraja, hoy alcalde de Lima, ministro dictatorial durante dos años, y Presidente de la Cámara de Diputados durante otros dos? ¿No lo ha visto hacer reverencias al Sr. Leguía, o no lo ha escuchado, en uno de sus múltiples y pintorescos panegíricos, comparar al dictador con Washington, Bolívar, Wilson y Jesucristo, y llamarlo, como en los poemas clásicos, Júpiter, Eolo, o igual que en los cuentos árabes algo así como «Estrella Matutina» o «Moscardón de Oro»? Es un caso opíparo y caricaturesco, que resume y compendia la tragicomedia.

El prestamista manda

Pero llega de pronto la sorpresa. La Cancillería chilena, después de olfatear a la de Washington, invita al Perú, públicamente, a renovar el debate internacional, y el Sr. Leguía, que en esos momentos tiene otra conspiración delante, sale disparado a los balcones para decir triunfalmente: «¿Lo ve el país? ¡Chile se rinde! ¡Yo no! Tacna, Arica y Tarapacá serán peruanas, pero no discutiendo con el detentador; ¡lo serán por la razón o por la fuerza!»... Y el gesto antichileno le brinda otro éxito teatral altisonante, que no viene solo, porque, al intervenir en seguida los Estados Unidos para pedir al Perú y Chile que se reúnan en Washington, el Sr. Leguía torna a dispararse a los balcones, gritando en do de pecho: «¡Esto es el arbitraje! ¡Y el arbitraje

de un país fuerte! ¡Tacna, Arica y Tarapacá son ya peruanas!»). Pero el velo de la tragicomedia tiembla por descorrerse, y el país se sobrecoge y calla, más para dar ejemplo de discreción ante la solemnidad de la hora que para manifestar esperanza en la inconsciencia presidencial que empieza a despeñarse... Los Estados Unidos no hacían sino aprovechar, con su certero instinto financiero, la psicología del dictador peruano. ¿No quería éste, a todo trance, dinero estadounidense? Pues en las manos de los Estados Unidos quedaba ya el destino del Tratado de Ancón. Se impondría, de una vez la paz en la América del Sur a costa del país más necesitado. Era el momento de coger en sus redes al Sr. Leguía... Tal vez se sonríe el poeta y compañero porque cree que me paralojizo. Pero veamos con calma qué ocurrió en Washington...

La quiebra de las promesas

¿Plantearon los representantes peruanos la revisión total del Tratado que era bandera del Perú y promesa inmediata del dictador? La plantearon; pero los Estados Unidos, aun antes de que Chile hablara, se erigieron en Patronos de el Perú y dieron un golpe sobre la mesa para llamarlo al orden. Eso de la revisión no podía ni formularse. Lo único que venía a discutirse era la tesis chilena: la posibilidad del plebiscito. ¿Y que hizo entonces el Sr. Leguía? ¿Insistir? ¿Discutir? ¿Reñir? ¿Abandonar la sala?... No, por Dios: habrían peligrado las esperanzas financieras de su dictadura. Se resignó, se humilló, humilló a toda nuestra diplomacia pasada, y sin un murmullo siquiera de protesta lo aceptó todo. Los archivos de la Cancillería peruana, las proclamas del mismo Sr. Leguía, sus mensajes, sus arengas de balcón, sus circulares a las Cancillerías extranjeras, sus juramentos teatrales, y lo que valía más para él, la declaración de su propia Asamblea Constituyente se consumieron en silencio con una repentina llamarada de la codicia financiera. Y no se volvió a hablar más de Tarapacá. Nunca, nunca más... ¿Pero que hizo el señor Leguía en Lima? Asomarse serenamente al balcón, serenamente, sonriente, y afirmar que lo ocurrido

en Washington significaba, con toda certeza, que el Perú perdía Tarapacá, pero ganaba al fin, Tacna y Arica. Los Estados Unidos, según él, habían hecho una postura diplomática contentando en lo aparente a Chile para satisfacer en lo efectivo al Perú... Pues bien. ¿Qué protocolo suscribieron en Washington los representantes peruanos? Un protocolo que les dió a firmar, redactado por él, el secretario Hughes y en el cual quedaba fracasado el arbitraje y terminantemente contrariadas las aspiraciones del Perú. El arbitraje supone dos soluciones posibles, una favorable para cada país: o se resolvía definitivamente ganando la tesis chilena o se resolvía, también definitivamente, ganando la peruana. Pero de este protocolo sólo se desprendía, como solución, el triunfo de la tesis chilena del plebiscito. El Perú no podía triunfar nunca porque, de no ser posible el plebiscito, el protocolo dejaba la Administración de Tacna y Arica, indefinidamente, en manos del adversario con la sola posibilidad de una mediación, es decir, de una transacción. Es claro entonces que el protocolo era la victoria de Chile, pues los Estados Unidos no iban a comprometer, espontáneamente, su autoridad para dejar pendiente o complicar el conflicto. ¿Por qué firmó el Sr. Leguía este monstruoso documento? Pues por lo mismo: por su *paranoia* financiera, alentada por su fe de delincuente en el azar. Para el Sr. Leguía el azar rompe siempre la lógica de las cosas. Pero ¿qué dijo a las muchedumbres desde sus balcones de Lima? Dijo, siempre sereno, siempre sonriente, con esa su sonrisa y su serenidad mandadas hacer para las grandes catástrofes, que al firmar Chile el protocolo había firmado la devolución automática de Tacna y Arica, porque declarada la imposibilidad del plebiscito, como tenía que ser, quedaba Chile sin título alguno para mantener bajo su dominio esas Provincias.

Así va cuesta abajo, despeñándonos a todos y arrastrando al despeñadero el orgullo de nuestra historia, esta psicología de *cabrioleur*, que es el motor de la sonrisa y la serenidad del mandatario que el señor Lugones creó serio. Pero el proceso se completa—ábranse los

ojos del lector—sabiendo que desde la firma de Washington hasta el laudo de Mr. Coolidge el dictador sigue girando empréstitos hasta aumentar en ochenta millones de soles la deuda que encontró. Y sigue, sobre todo, con la mano cariñosa puesta en los Estados Unidos, aguardando que ese país se resuelva a completarle la suma de cincuenta millones de dólares que sueña... Allí tiene usted de cuerpo entero la inconsciencia, la serenidad y la sonrisa del dictador. Otro cualquiera menos sereno que él, en el sentido perverso de la serenidad leguista, habría aprovechado la expiración de su período para marcharse del Poder antes del laudo, que fué la escapatoria que quiso darle, con los plazos, el secretario Hughes; pero él no tiene esa clase de debilidades cuando está de por medio con la sumisión del ejército, la obsesión de seguir gobernando alegremente las finanzas. Pero, ¿y el nombre? ¿Y la seguridad personal? ¿Y la vida?... ¡Bah!... El señor Leguía es inconsciente y la casualidad no ha agotado todavía en el mundo su prestigio.

Comedia y tragedia de hoy

Pero hay que ver al Sr. Leguía en el momento en que la casualidad se desprestigia. Vémoslo al recibir este laudo de Mr. Coolidge, que no sólo manda hacer el plebiscito sino que le dice a Chile que ha tenido siempre la razón en todo el proceso histórico. ¿Imaginamos al Sr. Leguía consternado, perplejo siquiera unos minutos, no es verdad? Veámosle esa misma tarde apenas ha leído el documento, enviar al Canciller al Senado para que afirme que el laudo es satisfactorio. Veámosle haciendo decir a su diario exactamente lo mismo. Sólo que el documento no puede tergiversarse y la indignación del país toma caracteres graves: hay manifestaciones tumultuosas: sube a flote una sensación de estafa criminal que pone bravos a hombres y mujeres; la caballería sale a sablear a los manifestantes, que parecen todos revolucionarios. El Sr. Leguía rectifica entonces afirmando que el laudo está bien en su parte resolutive, pero es injusto en los considerandos. Así se lo dice a Mr. Coolidge en un cablegrama que, hecho para tranquilizar

a las muchedumbres del Perú, no las tranquiliza. Y apremiado por el ruido de hecatombe que ensordece al país, sale otra vez a cualquier parte y ofrece serenamente, sonriente, que el árbitro dará las garantías necesarias para que el país pueda concurrir equitativamente al plebiscito, pero mientras lo dice, la dictadura mata y hiere a obreros y estudiantes, requisas los hogares, llena las prisiones de ciudadanos, se apodera del Cable y el Correo. prohíbe a los diarios que comenten el laudo... Y el Sr. Leguía se sienta de nuevo, ante los suyos, en actitud de dictador genial. Esto es lo que está ocurriendo en el Perú ahora mismo desde hace muchos días... Pero el Sr. Lugones y yo acabamos de ver la respuesta final de Mr. Coolidge. Ese Sr. Leguía debe callarse, que a los Estados Unidos, después de conseguido el acatamiento peruano al laudo no les importaba nada del dictador ni de sus finanzas.

Se inicia, pues, el último acto de la tragicomedia.

Rápido recuento

Pero de esta tragicomedia, de todo esto que el Sr. Lugones hubiera sabido en el Perú de no haber sido huésped oficial, se deduce que el buen sentido no consiente llamar al Sr. Leguía dictador honrado, y tampoco gobernante organizador. Pero ¿qué puede organizarse dentro de tamaño desbarajuste administrativo y moral? ¡Pero si todo lo ha desorganizado o desmedrado, sin dejar piedra sobre piedra en muchas esferas! Ha desorganizado la sociedad, los partidos, la Justicia, la Universidad, el Ejército y las finanzas, no obstante que la riqueza pública ha seguido incrementándose por el auge sostenido del algodón y del azúcar. Ha malversado la cuantiosa renta del tabaco, dedicada por ley a los ferrocarriles, hasta hacerle negar en absoluto ese destino. Ha suprimido la libertad y va a perder Tacna y Arica. ¿Qué problema ha estudiado seriamente? ¿Ha encarado siquiera el de la raza indígena o el del capital y el trabajo? ¿Ha logrado atraer corrientes de inmigración? Y hay que saber que lleva seis años de gobierno. El señor Lugones da a entender que la buena administración dictatorial se refleja en el precio de nuestra

moneda comparado con la libra esterlina. ¡Pero, amigo mío! Inglaterra es casi el único mercado de nuestro algodón y nuestro azúcar, hoy boyantes, por lo cual hay siempre en Inglaterra, con escasas fluctuaciones, mucho dinero peruano. En el curso de los últimos diez años varias veces se ha producido ese fenómeno.

Además, los peruanos estamos orgullosos de nuestra moneda de papel, independizada del Estado y respaldada casi en un ciento por ciento por oro físico. Este beneficio, en cuya solidez alguna participación me cupo como periodista, es anterior en cinco años a la dictadura, que muy por el contrario, ha atentado dos veces contra la Caja de Conversión obligándola a prestarle fondos, como atentó, muchas veces por cierto, hasta ponerla en crisis, contra la Compañía Peruana de Vapores. El señor Lugones habla, con cierto son de campana, de las obras públicas llevadas a cabo en Lima por el señor Leguía. Ellas son, contadas con los dedos, el Palacio Arzobispal, del que se ha hecho la fachada con un plano del Gobierno anterior; el Hotel Bolívar, levantado por empresa particular, dando la dictadura nada más que facilidades aduaneras; dos avenidas cuya consecuencia queda expuesta: tres o cuatro calles asfaltadas, y varias estatuas de plazuela, entre ellas dos del propio dictador. Con este ruido, que es gran ruido, de las obras públicas, la dictadura no hace sino defenderse teatralmente a la manera de las de su índole. Pero no puedo, no debo, preguntar al señor Lugones si todo esto, llevado hasta las nubes y multiplicado al infinito, puede tomarse en serio frente a frente a lo otro.

No, por Dios. Discuta el poeta y compañero, cuanto quiera, la superioridad de la fuerza sobre el derecho, y de la dictadura sobre la democracia. Creo que en ello, y a pesar de su gran talento, su postura es inocente. Pero no quiera fincar la eficacia de su tesis en la honradez de la dictadura del señor Leguía. Hasta el propio señor Leguía, gran actor de la farsa, se va a reír interiormente de los discursos del Sr. Rada y Gamio.

Le estrecha la mano afectosísimamente, señor director.

LUIS FERNÁN CISNEROS

Página lírica

de Francisco López Merino

=Del tomo *Las Tardes*, cuyo envío le agradecemos tanto al autor.
EDITORIAL LATINA, BUENOS AIRES, MCMXXV=.

Presencias

Ligeia, tu recuerdo da color a mis tardes.
Está en la luz como una presencia clara y suave
y es el aroma limpio que viene del paisaje.

Tu voz, desvanecida por la ausencia, perdura
más que como una música
como otra imagen tuya...

Tu recuerdo, Ligeia, despierta antiguos sueños:
La baladas que nunca llegué a escribir. Me acuerdo,
cuando digo tu nombre, de los primeros versos.

Evoco los sencillos ejercicios de piano
que estudiabas, tan blancos
como tus finas manos.

Pienso en el libro diáfano que en voz baja leías
y en los últimos cielos que vieron tus pupilas
en un septiembre lento con olor a glicinas.

Por eso tu recuerdo da color a mis tardes...

Mis primas los domingos...

Mis primas, los domingos, vienen a cortar rosas
y a pedirme algún libro de versos en francés.
Caminan sobre el césped del jardín, cortan flores
y se van de la mano de Musset o Samain.

Aman las frases bellas y las mañanas claras.
Una estatua impasible las puede conmover.
Esperan la llegada de las tardes de otoño
porque, tras los cristales, todo de oro se ve...

Y vienen, los domingos, a cortar rosas... Saben
que el eco de sus voces para mí grato es.
Entre las hojas quedan sus risas armoniosas;
ellas seguramente se ríen sin saber.

Mis primas, cuando llueve, no vienen. Dulcemente
aparto los capullos que el viento hará caer;
hago un ramo con ellos y pongo bajo el ramo
un volumen de versos de Musset o Samain...

Estancias de la primavera

I

Vas por ese sendero florecido
que has cuidado lo mismo que si fuera un hermano.
Con el libro de versos de un poeta querido
llevas la primavera nostálgica en la mano.

II

Se hace sensible el agua como si comprendiera
que son nubes y ramas las cosas que ella mece.
Cada regazo acoge la nueva primavera
y entre la brisa el eco del otoño florece.

Domingos de septiembre con el color sereno
de los primeros sueños que del alma se adueñan.
El sol hace más honda la fragancia del heno
y los enfermos sueñan...

III

Tardes de primavera vuelven a mi memoria
y recuerdo mi infancia que fué una larga tarde
detenida en un vasto jardín enarenado,
con cielos de acuarela y álamos musicales.

Las nubes

Acaso tengan alma pero no tienen voz.
Sueñan en el silencio luminoso del cielo.
Las nubes son las aves fantásticas de Dios
que ante la noche tienden un invisible vuelo.

En los largos crepúsculos se hacen más transparentes:
lienzos de seda tenue fáciles de quebrar.
En la tierra descansan en remansos y fuentes
que del cielo reciben la paz especular.

La sangre de las nubes es fragancia en las rosas
y bondad en el árbol que da tanta dulzura.
Las pupilas se tornan más profundas y hermosas
si contemplan el cuerpo de la nube más pura.

Viven desnudas, como la flor y las estrellas.
Su brújula es la brisa que los espacios hiende.
Suelen llorar lo mismo que frágiles doncellas.
Se nutren del perfume que de la tierra asciende.

Canción de los domingos de infancia

A ALFREDO FERNÁNDEZ GARCÍA

Tout est fini, les dimanches sont morts.

†

Mes pauvres petits dimanches sont morts.

MAX ELSKAMP.—(Dominical).

Por mi memoria pasan como estampas borrosas
los castos y tranquilos domingos de mi infancia:
ramo azul de glicinas y campanas tediosas
entre un viento que extiende dolorosa fragancia.

Rayos de sol que quiebran la limpia superficie
de los viejos espejos que nos conocen tanto.
Rosales que se vuelcan en fragante mollicie
y rosas que prolongan dominical encanto.

Niños de rostros pálidos y pupilas llorosas
que no tienen domingos ni una vez por semana.
Niños que viven entre letanías silenciosas:
carne de lirios que una brisa herirá mañana.

Nubes desvanecidas como trémulos lienzos
y nubes donde nace la tristeza del día.
Soledad un poco gris de esos patios inmensos
donde los escolares dejaron su alegría.

Musgo crepuscular de los gastados muros
que sugieren el miedo de morir o enfermarse.
Ventanas de cristales límpidos e inseguros
donde la niebla lentas fantasías esparce.

Tejido evanescente de las horas iguales
cuya sangre incolora nutre el río de los años.
Conmovida tristeza de viejos hospitales
donde la muerte pasa rompiendo desengaños.

Caminar de muchachas que esperan la llegada
de este día, en que las bellas palabras se conciertan.
Angustia persistente de una rama quebrada
junto a las otras ramas que bajo el sol despiertan.

Nostalgia indefinible de que se acabe el día
y soñar que mañana no iremos a la escuela.
Crece el árbol oculto de la melancolía
y el sueño de la noche nos envuelve en su estela.

Doblan calladamente las campanas tediosas
y las brisas dispersan una antigua fragancia:
por mi memoria pasan como estampas borrosas
los castos y tranquilos domingos de mi infancia...

El otoño y los niños

A AMORIN

Amaneció la calle toda dorada; el viento
con su mano invisible desprendió hoja por hoja.
Las estrellas oyeron acaso su lamento
y la aurora habrá sido, por lo mismo, más roja.

Los niños que se inician en el abecedario
al ver así la calle creyeron que era un sueño.
El sol sobre las hojas hacía el oro más vario
y era una fantasía tanto oro sin dueño.

Con sus manos pequeñas recogieron el blando
tesoro que los hombres indiferentes pisan.
Se fueron a la escuela dulcemente, pensando
que los sueños más bellos a veces se realizan.

Patio de la niñez

Lejano patio de elevados muros
donde ha quedado el ángel de mi infancia.
¡Tardes ya para siempre amortajadas
entre paredes blancas!

Patio de cielo siempre limpio y sol
casi palpable como un agua mansa.
Agua imposible que tornaba claras
las tardes y las almas.

Baldosas de colores imprecisos
donde se detenía la mirada:
fácil libro de estampas
de mi niñez nostálgica...

Presencia de septiembre
que aguardaba la Hermana.
Alegria sin mancha
volcando luz distinta en nuestra casa.

Fragancia de alhucemas
—inadvertida a veces de tan diáfana—
y nevar de campanas
en la hora callada...

¡Tardes ya para siempre amortajadas
entre paredes blancas!

Buenos Aires, setiembre 1925.

MUCHO antes de la creación del mundo,
ya el Eterno había expulsado de su
reino a los ángeles rebeldes. Sólo Azael
escapó entonces a la cólera del Señor, a
causa de los servicios que le prestó en el
descubrimiento y castigo de la celeste cons-
piración de los malignos.

Leve había sido su falta y grande su
arrepentimiento; así, le fué perdonada por
Jehová, a cuya sabiduría infinita no podía
ocultarse cuán fácilmente puede sucumbir
un espíritu inquieto e ingenuo, como Azael,
a las argucias de Satán. Un instante sedu-
cido por éste, estuvo Azael a punto de
caer envuelto en la más antigua y tremen-
da de las calamidades, en aquella de don-
de se originan todos los dolores del hombre
sobre la tierra. Pues ni Eva ni Adam ha-
brían perdido su inocencia primigenia, y
descargado de ese modo todos los castigos
sobre nuestra mísera especie, si Lucifer, al
ser lanzado de los imperios de Jehová, no
se hubiese escondido entre las flores del
Paraíso terrenal. Y como Satán, antes de
la creación del hombre, se aburría en las
tinieblas del caos, por no tener a quien
tentar, acometió a nuestros primeros padres
con astucia y furor descomunales.

Arrepentido, pues, Azael, a los pies del
Hacedor confesó sus veleidades y le reveló

Las divinas personas

Cuento del Padre ¹

la trama que se preparaba contra su poder.
Y Jehová lo conservó a su lado, se entre-
tenía con sus juegos y ocurrencias y hasta
lo aprovechó en misiones confidenciales a
los lejanos mundos por él creados.

Por su parte, Azael comprendía que el
Eterno necesitaba de su ingenio ágil y sutil,
para distraerse en sus divinos ocios, sobre
todo después de que el Hacedor se entregó
al reposo, concluido que hubo, en siete
días, la obra que perdura por los siglos de
los siglos, además de que el Eterno, en su
ancianidad, le había encargado de vigilar
los trabajos de los hombres, de cómo obe-
decían sus preceptos y se oponían a las
maquinaciones infernales.

Eran así frecuentes los viajes que, desde
el cielo a la tierra, hacía Azael, a quien
Satán no cesaba de acechar, confiado en
atraerle al fin a sus dominios; porque re-
cordaba que Azael era curioso y por tanto
propenso al pecado como cualquier mortal.

1. En el número próximo: *Cuento del Hijo*.

Un día, el Señor, sin disimular su hastio,
dijo de repente a Azael:

—Azael, me repites demasiado la historia
de la vieja conspiración de Luzbel. ¿Crees
tú que la ignoraba? Bien sabes que nada
hay para mí oculto. Te perdoné porque
me revelaste lo que ya sabía. Lo que siem-
pre estará fuera de tu alcance es la razón
de por qué la dejé estallar. Ello no será
conocido sino al final de los tiempos, quan-
do todos los seres por mí creados vuelvan
a reposar en mi seno paternal y el mismo
Luzbel retorne a mis brazos convencido de
que, sin sospecharlo siquiera, fue un agente
mío para purificar, por el fuego, la arcilla
primitiva y convertirla en purísima sustan-
cia radiante. Azael, observo que poco te
ocupas ahora de la existencia de los hu-
manos.

—Señor,—le contestó humildemente Azael,
—como cada vez que visito la tierra escu-
cho y veo las mismas cosas, he concluido
por aburrirme de ellas. Nada cambia allá
abajo. Siempre las mismas guerras, ambi-
ciones, odios y amores. Confieso que la
monotonía sólo es soportable bajo la luz de
tu presencia. Pero, Señor, tu servidor soy
y tus órdenes son inapelables.

—Azael,—exclamó el Eterno,—únicamen-
te Jehová puede aburrirse sin que la crea-

ción vacile. A ningún ángel le está permitido sino el canto y la sonrisa. Tu incuriosidad a la larga puede perderte. Si la curiosidad perdió a Eva fue por lo nimio del objeto a que la aplicó. Mas los que con angustia solicitan los caminos que conducen a mi trono, me son tan gratos como los espíritus puros y sencillos que creen haberlos hallado. Sólo los indiferentes son mis verdaderos enemigos. Si esa curiosidad cesara sería como prescindir de mí. ¡Apártate de mis ojos, Azael, y ve a la tierra!

—Perdóname, Señor,—gimió de hinojos Azael.—¿A qué sitio de la tierra deseas que me encamine? ¿De qué mortal quieres tener noticias?

—Al país de Hus, donde mora mi siervo Job,—añadió lacónicamente Jehová.

Y casi sin esperar más órdenes, levantó Azael el vuelo. El Eterno oyó satisfecho el rumor de sus alas en el éter diamantino. Y apoyando sus barbas caudalosas en la diestra, el Todopoderoso se durmió.

Despertó Jehová, y al sorprender a Azael que jugaba con el borde de su túnica, resplandeciente como el sol, le increpó con estas palabras:

—¿Qué haces? ¿No has cumplido mis órdenes?

—Las he cumplido, Señor, mientras dormías por cien horas. Job, el más perfecto y recto de los que temen a Dios, es también el más rico y dichoso de los varones orientales. Su hacienda se extiende a todos los horizontes y posee siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas, todas con sus aparejos.

—El siervo que sólo en trabajar se ocupa es el mejor de mis siervos,—dijo complacido Jehová.

—Señor, también se regocija en banquetes, junto con sus siete hijos, sus tres hijas y sus tres hermanas.

Y como Azael observara una arruga profunda en el ceño del Creador, añadió con presteza:

—Pasados los días de convite, Job se levanta muy de mañana y te santifica y te ofrece holocaustos.

Pero el Eterno permanecía silencioso y pensativo. De pronto todo se oscureció, menos el resplandor de Jehová. Unas inmensas alas cartilaginosas hicieron aún más sombrío el espacio. Era Satán que llegaba llamado por el Señor, que al oído le habló. Breve fué el diálogo, pero terrible para el santo de Hus, cuya paciencia iba a poner a prueba el Eterno. El enorme murciélago se alejó veloz y la luz inmaculada de los cielos imperó de nuevo.

A poco, los bueyes y las asnas que pacían en la tierra fecundada por Job, fueron acometidos y tomados por los sabeos, y los mozos pasados a cuchillo. Apenas más tarde, igual suerte corrieron los pastores de las ovejas, sobre las que cayó fuego del cielo.

Enviado por Jehová, pudo comunicarle Azael, con cuánta resignación aceptaba Job las disposiciones del Eterno.

—Sin acudir a Luzbel,—le hizo observar

Jehová,—podría desencadenar todos los males sobre mis criaturas, pero todavía quiero mantener al rebelde en la ilusión de que es tan poderoso como yo.

Y Satán recurrió a las más duras pruebas para turbar la paciencia de Job. Mientras los hijos y las hijas del infeliz varón de Hus comían y bebían, un gran viento del desierto derribó la casa donde se solazaban y únicamente se salvó el mensajero que trajo la nueva a Job, quien cayendo de rodillas adoró al Hacedor.

Lo supo Jehová y quedó admirado de la sublime paciencia del santo. Pero notaba Azael que la paciencia del siervo comenzaba a impacientar a su Señor.

Tocó entonces Satanás la carne de Job, que se cubrió desde el pie hasta la cabeza de pústulas que manaban humores nauseabundos. Y aunque su mujer le aconsejaba apartarse de Dios y se burlaba de su simplicidad, Job callaba y sentado en medio de cenizas, con un tejo se rascaba la lepra.

—¿Será posible tal perfección en un ser hecho de barro?—exclamó Jehová.—¿Podrá el hombre llegar a ser semejante a su Creador?

—Señor,—musitó Azael, con los ojos gachos y como ocultando su pensamiento al que todo lo sabe,—el Omnipotente puede permitirlo, si así conviene a sus fines. Pero la paciencia de Job,—insinuó con genio político impropio de los divinos lugares,—me parece la más imperdonable pretensión del hombre, después de la de haber aspirado a conocer la ciencia del Bien y del Mal.

—Márchate a la tierra, que mayor es tu presunción al pretender juzgar mi obra. Márchate y hazme saber enseguida cómo soporta Job las penalidades con que Luzbel, por orden mía, últimamente le ha agobiado.

No tardó en oírse la jubilosa risa de Azael, ya de regreso del desolado país de Hus.

—Señor,—dijo Azael,—casi sin tomar aliento,—grandes nuevas te traigo de Job tu siervo. Su paciencia se ha convertido en

tormentosa indignación. En vano sus amigos y fieles creyentes tuyos Eliphaz, Baldad y Sophir, se han empeñado en probarle que son merecidas y justas las penas que sufre. Job vocifera lleno de amargura. Ha perdido al fin la paciencia que, permíteme decírtelo, comenzaba a hacerte perder la tuya.

—Azael,—resonó la tormentosa voz del Altísimo,—vete al lado de Satán, con quien debiste estar desde el remoto día de la conjuración de los ángeles. Te creía digno de interpretar mis recónditos pensamientos. Tu inmortal mocedad te incapacita para conocer mi sabiduría. Me has creído decrepito a causa de mis años. Mis barbas blancas te han ocultado mi eterna juventud. Aléjate de mí. Eres indigno de comprender que Job el impaciente está más cerca de mí que cuando con inagotable paciencia ya ostentaba el orgullo y la serenidad de un dios que se enfrenta a mis ejércitos.

Desterrado entre nosotros, míseros mortales, Azael solicitó a Satán, a quien halló acongojado por su fracaso cerca del santo Job que, de nuevo rodeado de riquezas, con tantos hijos como antes de sus desgracias, y con mayores rebaños, se durmió en la paz del Señor a los ciento y cuarenta años.

Cuando Azael refirió al Tentador lo ocurrido con Job, Luzbel, en el tono de un verdadero pobre diablo, comenzó sus reflexiones con estas simples palabras, que encierran casi toda la ciencia de los hombres y que el Eterno celebró con una carcajada, que de un extremo a otro recorrió los cielos y conmovió la creación:

—¡El viejo Jehová es incomprensible!

PEDRO-EMILIO COLL

(De Hoy sábado...
Caracas)

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga **Cervecería TRAUBE** se refiere a una em-singular en Costa experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Los mejores libros y los mejores autores de la América hispánica

No sé por qué los escritores hispano-americanos habríamos de escribir en cierto diapason para América y en tono distinto para España.

Por mi parte jamás lo hice. Y ya estoy demasiado viejo para adquirir nuevas costumbres; nuevas malas costumbres. Las que tengo me bastan.

Así es que a las interrogaciones de *El Imparcial*, de Montevideo, puedo responder desde las columnas de *El Sol* de Madrid.

Y empiezo. Aquí le mando mi contestación a las tres preguntas de su encuesta.

1ª Que cuáles son los cinco o seis primeros libros de Hispano-América?

Los mayores escritores de nuestra América han sido hasta ahora escritores políticos, o que se rozaron mucho con la política y tuvieron, no un perenne sueño de arte puro, sino una marcada intención social. Los tres grandes poetas de nuestro período clásico—Olmedo, Bello, Heredia—no me dejarán mentir. Diré para precisar, que, con raras excepciones, nuestra literatura hasta el presente tiene un aspecto social inconfundible. Las condiciones de nuestra vida colectiva explicarían este fenómeno.

Algunas de las mayores obras de la literatura americana deben buscarse entre autores no exclusivamente literatos. Coloco en primer término, por su belleza de expresión y por su importancia en todo orden, las Cartas de Bolívar, máxime las de 1823 a 1827. Después habría que huronear y decidir en personajes como Martí, como Alberdi, como González Prada, como Cecilio Acosta, como José Vasconcelos, como Francisco García Calderón, mitad políticos, mitad literatos. El grano, como se mira, hay que descubrirlo en la paja.

Entre los poetas se disputarían la palma Gutiérrez Nájera, Casal, Rubén Darío, José Asunción Silva, Chocano, Valencia, Herrera Reisig, Salvador Díaz Mirón.

Los comediógrafos se inclinarían casi todos de buen grado, ante Florencio Sánchez. ¿Novelistas? Ahí están Alcides Arguedas, Javier de Viana, Díaz Rodríguez, otros. Cuentistas, los contamos muy estimables en México, en Centro América, en Colombia. Entre los historiadores, los hay jocosísimos—jocosísimos a *contre-coeur*.—Todo en el vasto mundo lo ha hecho su país. Los argentinos estilo Mitre van a la cabeza de estos divertidos historiadores.

Pero menguada sería la literatura que no contara en un período de ciento y tantos años con cinco o seis obras maestras. Nosotros las tenemos. Me parece que podrían disputarse, cada una en su género, como obras de primer orden en cualquiera literatura las siguientes:

a) *Tradiciones peruanas*, por Ricardo Palma (del Perú).

b) *Siete Tratados*, por Juan Montalvo (del Ecuador).

c) *Facundo*, por D. F. Sarmiento (de Argentina).

d) *Biografía del general José Félix Ribas*, por Juan Vicente González (de Venezuela).

e) *Motivos de Proteo*, por J. E. Rodó (de Uruguay).

f) *Cantos de vida y esperanza*, por Rubén Darío (de Nicaragua).

Habría más.

Faltan en la lista una obra de teatro y una novela. Ponga Ud. si le parece, para representar el teatro, *Barranca abajo* de Florencio Sánchez, y para representar la novela ponga la romántica *María*, de Jorge Isaacs, traducida en casi todas las lenguas de Europa e imitada por el poeta español Núñez de Arce en el poema *Un Idilio*.

Añadiré que una colección de discursos de José Martí, que tal vez no exista, podría sólo compararse con una colección de Sonatas de Beethoven. Apartando a Castelar, muy diferente de Martí en virtudes y defectos, pero otro Amazonas lírico, de qué orador, en qué lengua cabría decir otro tanto?

2ª La obra hispanoamericana que conceptúo más original está aún en el espíritu de futuros creadores. Hemos vivido cien años de préstamo. Lo hemos imitado todo. Hemos saqueado a los españoles. Nos hemos prostituido a los pies de los franceses. Aun las botas italianas e inglesas han conocido nuestra lengua. Seremos originales cuando seamos dignos y no nos arrodillemos con espíritu colonial ante Europa y ante los Estados Unidos. Literariamente Francia después de habernos hecho mucho bien, nos ha causado perjuicio enorme. París es para nosotros la sombra del manzanillo.

3ª Las literaturas extranjeras que más influencia han ejercido sobre nuestros escritores han sido la española y la francesa. Creo que nadie lo duda. Por eso lo afirmo tan rotundamente.

Dejo contestadas sus tres preguntas. Sobre cualquiera de las tres podría escribirse un libro..., y aun dos, para no perder nuestra hispanoamericana costumbre de ser pesaditos..., de saber volar con la gracia del elefante.

R. BLANCO-FOMBONA

(De *El Sol*, Madrid)

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Avenida Central

Frente a la tienda Kepfer.

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Número suelto Un Sol

Lima, Perú.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

Próximo CONVIVIO: La tercera sería de las *Páginas Escogidas* de Renán, en la fina versión de Cornelio Hispano.